

Goering

ROGER MANVELL
HEINRICH FRAENKEL

Goering



Goering

Roger Manvell
Heinrich Fraenkel

Traducción de Xavier Riesco

TEMPUS

Título original: *Goering*
Copyright © 1962 Hennerton Productions Ltd. and Heinrich Fraenkel

Primera edición: septiembre de 2009

© de la traducción: Xavier Riesco
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@tempuseditorial.com
www.tempuseditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92567-16-4
Depósito legal: M. 29.006-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Contenido

Introducción	9
1. <i>Pour le Mérite</i>	17
2. Fracaso y exilio	46
3. Ambiciones cumplidas	66
4. La conquista del Estado	99
5. El Paladín de Hitler	139
6. Guerra o paz	189
7. <i>Blitzkrieg</i>	262
8. Mecenas del Tercer Reich	323
9. Eclipse	340
10. Núremberg	380
Apéndice:	
Nota sobre el incendio del Reichstag	455
Bibliografía	459
Notas	467

Introducción

*H*ermann Goering ingirió veneno en su celda la noche del 15 de octubre de 1946, a poco más de una hora de que estuviera previsto que fuera conducido al cadalso erigido en el gimnasio de la cárcel de Núremberg. Murió por su propia mano para demostrar que seguía siendo el dueño de su destino, el último Napoleón del régimen nazi que se había defendido con tanta energía y habilidad frente al Tribunal Militar Internacional que finalmente lo condenó a muerte por ahorcamiento. Su culpabilidad, según la expresión de su sentencia, era «única en su enormidad».

Ni Heinrich Fraenkel ni yo comprendíamos verdaderamente a Goering cuando empezamos a investigar para esta biografía. Habíamos leído mucho sobre él en los muchos estudios sobre la historia del Tercer Reich, en las que aparecía como una especie de gigante inanimado que esperaba a cobrar vida al ser puesto al lado de la extraordinaria y muy estudiada personalidad de su amo, Hitler. Los intentos por resolver el enigma de este as de la aviación de la Primera Guerra Mundial que se convirtió en un exiliado y un drogadicto trastornado, este hombre al que Hitler no quería acoger otra vez en el movimiento nazi pero que se convirtió en el segundo nazi más importante del Reich, se hicieron unos pocos años después de la Segunda Guerra Mundial en la forma de las breves pero útiles biografías realizadas por Butler, Young y Frischauer. Pero desde entonces han aparecido una gran cantidad de nue-

vos datos, algunos ya publicados y otros inéditos, que hemos estudiado junto a los nuevos y a menudo sorprendentes testimonios que nos proporcionaron hombres y mujeres que, bajo diversas circunstancias, habían conocido bien a Goering y que ahora se sentían con más libertad para hablar de lo que habían sentido en el pasado, o que ahora hablaban por primera vez. Muchos de ellos revelaron hechos nuevos y de gran importancia.

Al principio, cuanto más descubríamos sobre Goering, más profundo se volvía el misterio de su personalidad. Un momento estábamos tratando con el esposo sencillo y devoto, el hombre que se arrodillaba para orar desbordado de emoción en la pequeña capilla privada en Estocolmo que pertenecía a la familia de su mujer de origen sueco, Carin, y al siguiente nos enfrentábamos a las pruebas que apuntaban al organizador despiadado de campañas para el uso de mano de obra esclava, para la extorsión y con el fin de causar la muerte en masa por inanición en los países ocupados por el Reich. El impulsor de algunas de las leyes de caza más justas y compasivas en Europa también puso su nombre en los decretos que crearon los campos de concentración donde, según admitió, inevitablemente tendrían lugar brutalidades. Esos hechos quizás fueran comprensibles en la extraña dicotomía de la mentalidad nazi, a la que sin duda la mayoría de nuestros lectores ya están acostumbrados. ¿Pero cómo se puede reconciliar la infantil vanidad afeminada del hombre que, mientras recibía a sus invitados en la mansión llamada Carinhall, desaparecía una y otra vez para cambiarse y reaparecer vestido con todo tipo de trajes extravagantes y que solía llevar encima joyas de enorme tamaño, con el hombre astuto, brillante y valeroso que estaba dispuesto a plantar cara a sus acusadores en Núremberg y que a veces incluso les ganaba en el debate, aunque el suyo era uno de los peores casos que defender ante un tribunal en toda la historia?

En el cuerpo gordo y torpe de este hombre de humor brutal y alardes vulgares también existía un hombre de genuino conocimiento y de cierto gusto por las artes, un hombre que apreciaba los libros y de amplias lecturas, un hombre que durante varios años disfrutó de la compañía de diplomáticos y

aristócratas, a los que encantó haciendo que dejaran constancia de homenajes a su persona como anfitrión y negociador. Hombres como Halifax y Henderson de Inglaterra, François-Poncet de Francia, Sumner Welles de los Estados Unidos y Dahlerus de Suecia, afirmaron que, en el momento de reunirse con Goering, quedaron convencidos de su sinceridad y probable buena voluntad. Sus dos esposas le eran devotas, y él a ellas.

Ningún testimonio que hayamos encontrado sobre Goering explica éstas y otras contradicciones en su naturaleza. Heinrich Fraenkel pasó más de dieciocho meses de investigación viajando por Alemania, reuniéndose con personas que habían conocido a Goering tanto en su vida pública como en la privada. Encontró a la viuda de Goering, Frau Emmy Goering, todavía convencida de la grandeza de su esposo y de su dedicación a Alemania, y todavía amargamente resentida por la forma en que Hitler lo trató al final de todo. Sin embargo, gracias a los hombres que tuvieron relación con él en su vida pública, Fraenkel obtuvo una visión más crítica del oportunismo de Goering: hombres como Franz von Papen, por ejemplo, o Hjalmar Schacht. Oficiales de alta graduación y asistentes de Goering en la Luftwaffe, especialmente Karl Bodenschatz, Erhard Milch, Adolf Galland y Bernd von Brauchitsch, le proporcionaron a Fraenkel una imagen completamente diferente, la del comandante que se vuelve más despiadado y arbitrario cuanto más caía en la abyección al enfrentarse a las obsesiones de Hitler. Que Goering temía desmesuradamente a Hitler durante los últimos años de la guerra es algo que ahora parece probado, así como que se retiró todo lo lejos que pudo de la devastación y las decepciones de una guerra ya perdida para disfrutar de los lujos que aún le quedaban y regodearse en las obras de arte y tesoros que había acumulado en Carinhall, la mansión que se convirtió en símbolo de su orgullo y su éxito, y que en su forma y estructura era tan excéntrica como el castillo de William Randolph Hearst en San Simeón.

Aun así, seguimos sin encontrar la explicación de la extraña mezcolanza en Goering de encanto y ferocidad, de devo-

ción y crueldad, de arrojo físico y cobardía moral, de ansias de poder y abyección ante Hitler. ¿Era su mala salud, el problema glandular que causó su exceso de peso, una causa de sus inconsistencias? Fraenkel estudió los detalles de sus hábitos personales con ayuda del testimonio de los hombres que habían atendido a Goering de una manera u otra, y en particular el de Robert Kropp, su ayuda de cámara desde 1933 hasta su encarcelamiento en Mondorf en 1945.

Entonces, ya a finales del periodo de investigación, un comentario fortuito en una conversación nos reveló la verdad sobre la drogadicción de Goering, despejando todos los rumores que había en Alemania durante su vida. Goering jamás se curó definitivamente de la adicción que adquiriría por primera vez en 1923, cuando se le recetó morfina para aliviar el dolor de las heridas que recibió durante el fracasado golpe de Estado de Múnich. Como otros aviadores de la Primera Guerra Mundial, estuvo al cuidado y bajo la observación del célebre profesor Kahle de Colonia, un especialista en adicciones. Este hecho fue confirmado por el personal del Sanatorio Kahle, que Fraenkel visitó y donde le fueron dados detalles sobre la drástica cura que Kahle le administraba periódicamente cuando había que eliminar los elementos tóxicos del sistema de Goering.

Entre los síntomas de la adicción a la morfina descritos por el Instituto Kahle se contaba una gran excitación del sistema nervioso, actividad excesiva de determinadas glándulas, efusiones de energía vital y vanidad anormal. Todo esto contribuyó mucho a explicar los extremos de comportamiento que tan a menudo describen aquéllos que conocieron a Goering.

Al mismo tiempo conocí en Estocolmo a uno de los especialistas que observaron a Goering durante el peor periodo de su adicción, en 1925, cuando su violencia lo hizo peligroso y hubo de ser confinado en el sanatorio de Langbro. Me aseguró que las facultades mentales de Goering no estaban disminuidas en absoluto, que su trastorno era causado por la excesiva cantidad de morfina que no podía evitar administrarse.

Nuestros contactos nos condujeron entonces a varios hombres y mujeres que habían conocido a Goering de niño, los más importantes de los cuales eran Fräulein Erna, Fräulein Fanny

Graf y el eminente médico Hans Thirring, que nos contó la significativa relación que existía entre la madre de Goering y su padrino judío, Ritter¹ von Epenstein, a resultado de la cual Goering pasó muchos años de su niñez y juventud en el castillo de Veldenstein, donde la familia Goering fue invitada a vivir mientras disfrutara del favor de ese hombre arbitrario y desagradable. Goering siempre se refirió a ese castillo como si hubiera pertenecido a su padre, pero Heinrich Ernst Goering en realidad vivía allí porque von Epenstein se lo permitía y al final la familia fue expulsada y tuvo que irse a vivir a Múnich en relativa pobreza. Más tarde, Goering no sólo heredaría Veldenstein de la viuda de Epenstein sino que poseería una mansión que superaría en mucho el esplendor de las grandezas provincianas de su juventud.

Esos y otros hechos comprobados empezaron a hacer más creíble el carácter de Goering; la violencia de sus motivaciones y la extravagancia y oportunismo de su comportamiento se pueden comprender ahora con más claridad. Los excesos de su vanidad, en cualquier caso, eran debidos en cierta medida a su condición física. Pero incluso sus enemigos estaban dispuestos a concederle mérito por su habilidad como negociador, y el difunto lord Birkett, a quien consultamos sobre el comportamiento de Goering en Núremberg, comentó cómo «Goering había logrado dominar el proceso desde el principio». «Nadie», escribió lord Birkett en sus notas privadas, «parece que estuviera preparado para su inmensa habilidad, su conocimiento y su completo dominio y comprensión de cada detalle de los documentos capturados... Afable, astuto, perspicaz, capaz, ingenioso, veía al instante los elementos de la situación y según crecía su confianza, más evidente era su dominio».

Hemos cribado minuciosamente por primera vez todo el espectro de las pruebas sobre la personalidad y carrera de Goe-

1. «Ritter» en alemán, título nobiliario menor cuyo equivalente sería la de «Caballero». (*N. del T.*)

ring y lo que ha emergido a la luz lo ha convertido en una persona más notable, compleja, fascinante y humana de lo que normalmente se piensa. No era simplemente el gallardo representante del hombre corriente según lo aceptaba mucha gente, el gángster político genial pero despiadado que consiguió que los nazis fueran socialmente aceptables para los diplomáticos. Era, de hecho, mucho más que eso; era astuto e inteligente, capaz de comprender y dominar una gran variedad de asuntos cuando se tomaba la molestia de hacerlo. Pero debido a su debilidad de carácter y carencia de valentía moral a menudo, especialmente en sus últimos años, tenía un ansia estúpida de poder, era fatuo hasta el punto de la megalomanía, se comportaba como un niño malcriado que sufría de delirios de grandeza y una incapacidad crónica para soportar aquellos hechos que le desagradaban o las consecuencias de su propio fracaso. Incluso durante el colapso final de Alemania continuó ampliando su fabulosa mansión de Carinhall, y su único logro notable al final de su carrera no fue en el campo de la política o de la guerra, sino en el de la vasta colección de obras de arte que reunió con toda la astucia, falta de escrúpulos y mente calculadora que habían caracterizado su servicio inicial a Hitler.

En este libro nos hemos concentrado en contar la historia de la vida y carrera de Goering como líder del partido nazi y posteriormente como segundo de Hitler en el Tercer Reich. La historia de este periodo en conjunto ha sido, por supuesto, contada ya muchas veces, de manera notable por el Dr. Alan Bullock, William L. Shirer y el profesor Trevor-Roper, y no forma parte de nuestro propósito repetir lo que ya se ha investigado de manera tan exhaustiva, excepto en forma resumida para dejar claras las motivaciones detrás de los actos y pensamientos de Goering.

En una reseña de nuestra anterior biografía de Goebbels, el profesor Trevor-Roper, tras generosos elogios dedicados al trabajo que habíamos hecho, se preguntaba si hombres como Goebbels se merecían que se dedicara tiempo a la investigación de sus vidas. Creemos que, aparte de la necesidad de conocer hasta donde sea posible las razones por las que los acontecimientos históricos se desarrollaron de la manera en que lo hicieron, los

hechos sobre las personalidad y vidas de los hombres que influyeron sobre ellos no dejan de tener valor e interés. El nazismo no fue solamente un factor en el pasado inmediato; fue una manifestación de la naturaleza humana, y puede volver a ocurrir en cualquier momento y en cualquier lugar. Ahora mismo está sucediendo en muchas países de África. Solo por esta razón siempre es saludable comprender cómo llegaron al poder hombres como Goebbels o Goering, y cómo se comportaron una vez que lo tuvieron en sus manos. No son únicos en la historia, ni tampoco tenemos razones para creer que serán los últimos de su especie en traer el sufrimiento a los pueblos que permiten que hombres así los gobiernen.

Nos gustaría expresar la deuda que hemos contraído con las muchas personas que nos han ayudado a entender a Goering y que nos han proporcionado datos sobre él. La lista de esas personas incluye, además de a Frau Emmy Goering y a aquellos amigos y compañeros de Goering que ya hemos mencionado, a otros miembros de su familia, al consejero legal de Frau Goering, el Dr. Justus Koch y al profesor Hans Thirring. Entre los expertos en arte que trabajaron para Goering consultamos especialmente al Dr. Bruno Lohse, el asesor personal de Goering en París, y a Fräulein Gisela Limberger, su bibliotecaria, que estaba a cargo de su colección de arte. También les estamos agradecido por su ayuda a Christopher Hibbert, el biógrafo de Mussolini, y a Denis Richards, historiador de la RAF. Los libros y archivos de la Biblioteca Weiner en Londres, del *Institut für Zeitgeschichte* en Múnich, del Centro de Documentación Americano en Berlín, del *Deutsches Staatsarchiv* en Potsdam y en el *Rijksinstituut voor Oorlog Documentarie* en Ámsterdam fueron puestos a nuestra disposición de la forma más generosa; en la Biblioteca Wiener recibimos especial ayuda por parte del Dr. L. Kahn y de las señoritas Ilse Wolf y G. Deak, en el *Institut* la recibimos de los doctores Hoch y Graml, en el *Deutsches Staatsarchiv* del profesor Helmut Loetzke y en el *Rijksinstituut* de los doctores Jong y van der Leeuw. Otras personas que nos ayudaron enormemente con el material de trasfondo fueron los doctores Ernst Hanfstaengl y Hans Streck. En Estocolmo, les estamos particularmente agra-

decidos a los doctores Vilhelm Scharp y Uno Lindgren y a las señoritas Maud Ekman e Inger Reimers. Finalmente, nos gustaría darle las gracias al señor M. H. Peters, que emprendió con paciencia y habilidad la formidable tarea de mecanografiar un manuscrito particularmente difícil.

R. M.

Pour le Mérite

*H*ermann Wilhelm Goering nació en el sanatorio de Marienbad en Rosenheim, Baviera, el 12 de enero de 1893. Era el segundo hijo del cónsul general alemán en Haití del segundo matrimonio. Tras sólo seis semanas, su madre lo dejó en Alemania y volvió rápidamente al lado de su marido; no volvería a ver a su hijo hasta pasados tres años. Para aquel entonces ya demostraba ser un niño terco y difícil.

En 1885 su padre, Ernst Heinrich Goering, un antiguo oficial de caballería que ahora era miembro del servicio consular alemán, se había casado en segundas nupcias a la edad de cuarenta y cinco años con Franziska Tiefenbrunn, una muchacha bávara de orígenes modestos. Ya había tenido cinco hijos con su anterior esposa. Su nuevo matrimonio tuvo lugar en Londres, adonde Bismarck le había enviado para que estudiara los métodos ingleses de administración colonial antes de poner a Goering a cargo del difícil y hostil territorio alemán en el suroeste de África, e hizo bien su trabajo, tratando a los caciques africanos con tacto y diplomacia. Al cabo de cinco años había conseguido que el área fuera segura para el comercio alemán y fue, en ese sentido, el fundador de la colonia. Mientras estuvo allí se ganó la amistad de Cecil Rhodes y también se convirtió en amigo del Dr. Hermann Epenstein. A su regreso a Alemania, se presentó voluntario para otro puesto en ultramar y fue nombrado cónsul general en Haití.

Para cuando Hermann fue concebido, Franziska, que nece-

sitó toda la reciedumbre de su herencia bávara y austríaca para poder llevar esa vida en constante movimiento y en condiciones inhóspitas y duras, ya había dado a luz a tres hijos: Karl, Olga y Paula. Poco antes del nacimiento de su cuarto hijo, salió de Haití y volvió a casa sola. Cuando regresó a Haití, dejó al bebé de seis semanas en Fürth, Baviera, en manos de una amiga de la familia, Frau Graf, cuyas hijas se convirtieron en las compañeras de juegos de Hermann y al que mucho tiempo después lo recordarían como un niño guapo y de carácter testarudo.

Cuando el niño tenía tres años, su padre regresó a Alemania para jubilarse. Uno de los primeros recuerdos de Hermann Goering era la forma en que expresó su resentimiento hacia su madre golpeándola en la cara cuando ésta intentó abrazar a su hijo tras una prolongada ausencia. Franziska se disgustó muchísimo (1).

La familia se reunió en Berlín y durante los cinco años siguientes vivió en la Fregestrasse en Friedenau, un tranquilo barrio residencial de la capital. Durante ese tiempo, la ambición infantil de Hermann era llegar a ser oficial del ejército alemán, y a la edad de cinco años su padre le regaló un uniforme de húsar. Más tarde le gustaría recordar cómo de pequeño le pedía al criado de la familia que le trajera las espadas y gorras pertenecientes a los invitados militares de su padre para admirarlas mientras yacía en la cama por la noche.

Epenstein, el amigo de Heinrich Goering en África y, como luego se demostraría, amigo en particular de su esposa Franziska, también se había asentado finalmente en Alemania. En contraste con Heinrich Goering, que tenía comparativamente poco dinero aparte de su pensión estatal para mantener a su familia de cinco hijos, Epenstein era un soltero muy rico. Podía permitirse sus caprichos, entre los cuales se contó el dejar que Hermann, junto con sus hermanos y hermanas, se convirtieran en sus ahijados.

Un hombre dominante, Epenstein era estricto a la hora de exigir que se le diera el grado apropiado de respeto. Perdía los estribos si sus invitados llegaban siquiera un minuto tarde a las comidas. Era pequeño, cetrino y gordo, obsesionado con el

sentido de clase, aunque su padre no había sido más que un cirujano militar en Berlín. Le gustaba fingir que su padre había sido cirujano de la casa real, y había adquirido su título de caballero mediante donaciones a las manos adecuadas. Su amigo de toda la vida era el doctor Thirring, cuyos dos hijos se contarían más tarde entre sus muchos ahijados; uno de ellos, el profesor Hans Thirring, se convertiría en un distinguido médico.

Epenstein siguió soltero, viajando mucho y disfrutando de la vida. Ejerció poco de médico, aunque atendió a Franziska en África cuando dio a luz a su primer hijo. Cuando decidió asentarse, fue el Dr. Thirring el que le encontró el castillo de Mauterndorf, en Austria, no lejos de la frontera con Baviera. Epenstein se gastó una gran cantidad de dinero en restaurar y amueblar el castillo, recreando en él la pesada y pomposa atmósfera de medievalismo alemán que tanto estimularía la joven imaginación de su ahijado Hermann. Después de que Heinrich Goering hubiera regresado a Alemania, Epenstein compró un segundo castillo más pequeño llamado Veldenstein, a veinticinco kilómetros de Núremberg; ofreció esta nueva propiedad, que era una casa construida sobre las ruinas de una antigua fortaleza francona del siglo XI, a la familia Goering como hogar. Aquí se asentó finalmente Hermann Goering con su hermano mayor, sus dos hermanas y su hermano menor, Albert.

Veldenstein siempre fue para él la sede familiar. Mientras que el mundo de su padre representaba a Prusia con su etiqueta militarista, sus rigurosos uniformes, sus pomposos desfiles y sus recuerdos de Bismarck, el rico mundo de su padrino representaba la Alemania medieval. Sus castillos románticos le dieron una primera visión de esplendor medieval en el magnífico escenario de las montañas bávaras y excitaron en él el deseo de un poder feudal que jamás le abandonaría. Siempre fue empecinado y caprichoso, dominando a sus hermanos y hermanas mayores y haciendo gala de un instinto agresivo a la primera señal de cualquier oposición o limitación impuesta. Vivía al aire libre tanto como podía, con sus ojos puestos en las oscuras laderas de coníferas que se extendían hacia los Alpes y que ya de niño anhelaba escalar.

En Veldenstein, Franziska, la madre de Goering, vivía como la amante de Epenstein. Su esposo anciano y complaciente tuvo que aceptar la situación en términos humillantes. Epenstein se reservaba el mejor dormitorio de la mansión para él, mientras que Franziska dormía en una habitación no menos lujosa situada convenientemente cerca. Heinrich Goering no era admitido en esa parte de la casa; tenía que dormir en el piso bajo. Cuando la familia visitaba a Epenstein en Mautendorf, el padre de Hermann se alojaba en una casa separada del castillo. Se contentaba, o eso fingía, con la dignidad que le quedaba por su título de ministro Residente que se le había concedido junto con el cargo de gobernador colonial. (Posteriormente, su hijo siempre se referiría a él como «el ministro *presidente*»²). En su edad proecta, encontró algo de consuelo en la bebida y en jugar a los bolos, y ejercía poco o ningún control sobre su segunda familia de hijos jóvenes. Franziska seguiría siendo la amante de Epenstein durante unos quince años; quizás fue irónico entonces que la relación se rompiera justo antes de la muerte de Heinrich Georing.

Oficialmente, Epenstein era cristiano, habiendo sido bautizado en su infancia. Pero era de familia y apariencia judía, y su nombre aparecía en el «*Semi-Gotha*» de aquel tiempo, un volumen que registraba todas las familias con títulos y de ascendencia judía. Era un hombre al que le gustaba ser considerado el benefactor de muchos niños, a los que animaba a tratarle de «padrino». No sólo disfrutaron de este privilegio los cinco hijos de la familia Goering, sino también los dos hijos del Dr. Thirring. Solía escribir extensas cartas a sus amigos sobre cómo educar a sus hijos, cómo casar bien a sus hijas y cómo invertir su dinero.

No es difícil ver el efecto que tuvo esta situación sobre Her-

2. *Ministerpräsident*, «ministro presidente», es el jefe de gobierno de una región alemana, «ministro residente» es un dignidad diplomática de categoría inmediatamente inferior a la de ministro (o enviado) plenipotenciario. Sin embargo, a partir de aquí optaré por el título de «primer ministro» de la región como traducción de *Ministerpräsident*. (N. del T.)

mann Goering de niño. Su padre se convirtió en una nulidad que vivía de los recuerdos de su pasado servicio a Alemania; su padrino se convirtió en el símbolo de poder y riquezas hacia las que se veía instintivamente atraído, aunque ya a una edad relativamente temprana debió empezar a molestarle la situación en la que Epenstein había puesto a su madre.

En su biografía autorizada, escrita por Gritzbach y publicada cuando Goering estaba en el poder, se aseguraba que de niño azuzaba su perro contra los judíos locales para demostrar su innato sentido de la integridad racial; pero ésta era una de las leyendas nazis que la mayoría de los jefes imponían a sus biógrafos. Hermann, sin embargo, sí que era lo suficientemente terco y malcriado para hacer exactamente lo que quería. En lugar de disciplina y autoridad, sólo encontró indulgencia, ya que la relación de sus padres no tenía ninguna base de afecto o respeto. Era el favorito de su padre y lo sabía. En una ocasión, antes de que supiera leer, robó un telegrama dirigido a su padre mientras éste estaba fuera y luego se lo entregó ya abierto a su vuelta. «*Ich bin doch Papas Liebling!*», solía decir. «¡Soy el favorito de papá!».

Desde el principio, Hermann se oponía rotundamente a la idea de asistir a un internado. Suspendió en su primera escuela, en Fürth, a la que fue enviado en 1900, alojándose con uno de los profesores. Era temperamental y difícil de controlar, y siempre estaba dando órdenes a sus compañeros en sus ansias por jugar a los soldados. En casa, como cualquier otro niño, formaba a sus soldaditos de plomo, pero añadía dramatismo a sus juegos apilando alfombras para crear montañas para sus maniobras y usando espejos para aumentar las dimensiones de sus fuerzas. Las historias sobre la Guerra de los Bóers eran comunes en aquel entonces, y las simpatías naturales de los alemanes como nación en conjunto estaban con los bóers y no con los ingleses. Su padre le regaló un uniforme bóer con pantalones cortos caquis y sombrero de ala ancha, y lo llevaba con orgullo cuando estaba lejos de la escuela, jugando a ser un general de los bóers. Sus compañeros le temían como luchador.

A la edad de once años fue enviado a un internado en Ansbach, que su padre había elegido al azar de una lista por orden

alfabético. Al principio odió estar allí; la disciplina era estricta y la comida mala. Para ese entonces ya comenzaba a apreciar la buena comida, y la *Rindfleisch*³ que le daban todos los días le asqueaba. Organizó una protesta entre sus compañeros. Luego envió su ropa de cama a casa en un pulcro paquete y unas pocas horas más tarde apareció en persona, tras haber vendido un violín por diez marcos para pagarse el viaje. Se le dijo que tenía que volver, pero se negó con tanta tozudez que sus padres cedieron al final. Según su propia versión de la historia, tiempo después, cuando llegó a la etapa en la que ya no podía soportar más la disciplina y las restricciones de Ansbach, se acostó en su cama y no volvió a levantarse desafiando los esfuerzos de médicos y profesores hasta que le concedieron permiso para marcharse. Una vez en Valdenstein, creía que el éxito de su desafío era una señal de su heroísmo natural, el derecho por nacimiento de un niño cuyos antepasados, como su padre siempre le contaba, habían representado un papel en la grandeza de la historia de Alemania. Sabía muy bien para ese entonces que su tatarabuelo, Michael Christian Goering, había sido *Commissarius Loci*, una especie de ministro de economía regional para Federico el Grande de Prusia. Goering recordaría a ese antepasado con orgullo cuando él mismo se convirtió en *Commissarius* para toda la Alemania nazi.

Mientras tanto, el único liderazgo que podía ejercer era sobre los niños que había a su alrededor. Más tarde, en su madurez, se reiría al recordar cómo solía golpear en la cabeza a todo niño que desafiara su autoridad. Afirmaba que primero defendía y luego asediaba el castillo de Veldenstein, animando a sus compañeros a que demostraran su destreza y valor mientras escalaba los muros arriesgando su vida. El castillo en ruinas inspiraba su imaginación romántica. Cuando tenía ocho años, mientras contemplaba el paisaje rural desde la torre del castillo, tuvo una visión de carros romanos con guerreros empenachados que atravesaban el valle que tenía debajo. Corrió a contárselo a su madre y hermana, pero ellas sólo se rieron de él.

3. Carne de vacuno (*N. del T.*)

Ese aspecto espectacular de la historia era el que le atraía. Le fascinaban las leyendas teutónicas, como la saga de los Nibelungos, y los héroes de la historia alemana, como Carlomagno y Federico el Grande. Su único interés por los libros consistía en que proveyeran su imaginación con imágenes de caballería. Más adelante haría que trazaran para él un árbol genealógico ficticio de su familia que la enlazara directamente con Federico el Grande, Carlomagno y Santa Isabel de Hungría, y pasaba el tiempo pregonando esas leyendas sobre su persona entre los psiquiatras que tenían la tarea de evaluarle en las celdas de la cárcel de Núremberg.

Durante las vacaciones escolares, la sangre del joven Goering se despertaba a la vista de las montañas, y mientras aún era un niño se convirtió en un experto alpinista. Sin saber casi nada de la materia, persuadió a su cuñado y a un amigo para que lo llevaran al Grossglockner un pico de 3.700 metros. Insistió en que intentaran el ascenso por la ruta más difícil del noroeste. Empezaron la ascensión al alba, subiendo asidero a asidero hasta que el sol matutino calentó sus rostros en la primera cumbre del Teufelshorn, el Cuerno del Diablo. Ahora tenían que recorrer una abrupta cresta que conducía directamente al pico del Grossglockner. Encordados, avanzaron lentamente con una garganta a un lado de cerca de ochocientos metros y por el otro de casi un kilómetro sobre el glaciar del Glockner-Kars. Alcanzaron la cima, pero durante el descenso el muchacho casi pierde la vida. Al intentar una hazaña más allá de sus capacidades, se hubiera precipitado al vacío si su cuñado no hubiera interpuesto su cuerpo para detener su caída.

Se dice que a los quince años, cuando escalaba una de las paredes de la cadena del Schwarzberg, se dislocó el hombro al balancear su cuerpo para auparse a una hendidura, y luego tras colocarse él mismo el brazo en su sitio, continuó la escalada pese al dolor (2). Daba la impresión de ser temerario en extremo, y las historias sobre su desprecio al peligro crecían. Hubo una ocasión, en los Alpes austríacos, en la que se encontró con una avalancha. Se quedó tan impresionado por el espectáculo de rocas que se estrellaban y masas de nieve en movimiento que no se percató del pánico entre los que le acompañaban. En otra oca-

sión, estaba en una barca con unos amigos cuando la embarcación empezó a ser arrastrada hacia una catarata. Según la versión que contaba Goering, les gritó a sus compañeros que dejaran de comportarse como idiotas, que si iban a morir, no era para ponerse así. Goering creía entonces, y esa creencia le acompañó en su vida adulta, que nada podía hacerle daño. Era, de manera bastante literal, insensible al peligro físico.

Leyendas o no, éstas son las historias heroicas que envuelven su juventud y que reforzaban su indisciplina y falta de autocontrol (3). No hay lugar a dudas, sin embargo, sobre su arrojo y resistencia física en sus años de juventud, y ambas cosas justificaron que su padre y Epenstein lo enviaran a una academia militar a la edad de doce años, la Escuela de Cadetes de Karlsruhe en Baden. Allí, en opinión de esos hombres, le enseñarían disciplina de una vez. Y allí, lo cual en el fondo no es tan extraño, fue donde Hermann Goering encontró al fin una escuela apropiada para héroes. Su hermana Paula y las hermanas Graf, que le llevaban unos tres años, asistían a un colegio privado para señoritas también en Karlsruhe. Un día, cuando tenía quince años, la directora del colegio, Fräulein Grüber, le invitó a almorzar para que visitara a su hermana y amigas. Llegó erguido y gallardo en su uniforme y le entregó a la directora un gran ramillete de lilas, entrechocando los talones y besándole la mano. Las muchachas se quedaron de lo más impresionadas hasta que averiguaron, cuando las llevó a una *Konditorei*, que no le quedaba dinero para pagar los dulces que se habían comido.

A la edad de dieciséis años, Goering fue a la escuela de entrenamiento militar en Lichterfelde, cerca de Berlín. La vida social en esa academia era más cercana a sus gustos; por las noches disfrutaba en compañía del que posteriormente afirmaría que era el más selecto de los *Kadettenkorps*, al cual, naturalmente, pertenecía; y por el día respondía positivamente a la disciplina de cuadros y a los uniformes que tanto excitaron su imaginación infantil. Superó con éxito sus estudios y dejó la academia con las más altas distinciones. En marzo de 1912 fue asignado al Regimiento Príncipe Guillermo, el 112 de Infantería, cuyo cuartel general estaba sito en Mullhouse. Tenía dieci-

nueve años. Goering asumió su estatus de oficial con orgullo convencional: «Si estalla la guerra, podéis estar seguros de que daré una buena imagen y estaré a la altura del apellido Goering», le dijo a su familia y amigos cuando se reunieron para admirarle en su nuevo uniforme.

Fue al año siguiente, 1913, cuando los Goering rompieron definitivamente con Epenstein y tuvieron que marcharse de Valdenstein. La relación entre Epenstein y Franziska se había agotado y acabó convirtiéndose en una serie de tediosas peleas con el anciano. La situación se volvió imposible y Heinrich Goering se vio obligado a trasladar a su familia a Múnich. Moriría casi inmediatamente después, y se celebró un imponente funeral en el Waldfriedhof [cementerio] de Múnich. Goering luchó por controlarse, pero estalló repentinamente y abiertamente en lágrimas mientras estaba de pie en uniforme al lado de la tumba de su padre.

En Mullhouse se había habituado a la rutina de una vida militar que todavía seguía profundamente anclada en las tradiciones de Federico el Grande, pero dedicaba al alpinismo todo momento en que estuviera libre de sus obligaciones. Su mejor amigo era un colega oficial, el teniente Bruno Loerzer, con quien mantendría el contacto durante toda su vida. Tanto él como Loerzer seguían destinados a Mullhouse cuando estalló la guerra en agosto de 1914. Mullhouse era una guarnición de frontera en la Alsacia alemana, a poco más de un kilómetro de la frontera con Francia, y el regimiento de Goering fue movilizadado inmediatamente y destinado detrás del Rin. Su primera oportunidad de aventuras llegó cuando la sección que estaba bajo su mando fue enviada a reconocer las posiciones enemigas. Las avanzadillas francesas ya estaban penetrando en territorio Alemán y habían ocupado Mullhouse. El teniente Goering y sus hombres cruzaron el Rin hacia Mullhouse en tren blindado. Goering pronto se olvidó de las limitaciones de sus órdenes cuando oyó por los exaltados civiles que los franceses estaban ocupando el ayuntamiento. Fue directamente hacia allí y encontró que los franceses ya no estaban en posesión del edificio, destrozó los carteles que habían puesto declarando que la ciudad estaba bajo la ley marcial francesa y luego salió en per-

secución de los invasores. Al final, tras haber intercambiado disparos con los franceses, Goering regresó a su base con cuatro caballos de dragones franceses como muestra de su iniciativa en acción.

Al día siguiente, el dominio sobre Mullhouse sufrió un desafío más serio. Una vez más, el teniente Goering disfrutó de su propia escaramuza personal. Equipó a su sección con bicicletas y al amanecer su patrulla de siete hombres pedaleaba por la carretera que les era familiar hacia la ciudad que antes fuera su base. Sus primeros encuentros con los puestos avanzados franceses tuvieron un éxito ligeramente excesivo, y con el arrojo ardiendo en los corazones, atravesaron rápidamente las afueras de la población hasta que pasaron por debajo de los puentes del ferrocarril, que de hecho estaban en posesión de los franceses, y se internaron pedaleando en el corazón de la ciudad, donde el enemigo imponía una ocupación completa. Una vez allí, Goering no tardó en requisar un caballo. Tenía intención de capturar al general francés Paul Pau cargando repentinamente en medio de los hombres que rodeaban a éste, para subirlo sobre la silla y volver galopando a las líneas alemanas. Pero el plan salió mal: uno de sus soldados perdió la calma y disparó su fusil antes de tiempo. Goering y su sección dieron media vuelta en sus bicicletas y, con los pies haciendo girar apresuradamente los pedales, huyeron a toda velocidad hacia su cuartel general, a donde llegaron sin aliento pero indemnes. Goering nunca superó esa ocasión perdida de dar un comienzo espectacular a su guerra. Pero inmediatamente se le asignó otra tarea, y esa misma tarde se encontró en lo alto del campanario de la iglesia de Illzach con los franceses entrando en las calles del pueblo. La sección escapó con algunos prisioneros franceses.

Goering se convirtió en un experimentado oficial subalterno y en las campañas siguientes todo lo que sufrió fue un ataque de reumatismo debido a la humedad de la guerra de trincheras. Fue enviado a un hospital en Friburgo. Mientras tanto, su amigo el teniente Bruno Loerzer fue trasladado a un centro de formación aeronáutica en la misma ciudad, y sus historias llenaron de envidia al inválido convaleciente. Goering pronto se sintió lo suficientemente repuesto para visitar la aca-

demia de vuelo, aunque desde luego, no lo suficiente para volver a las húmedas trincheras. Solicitó un traslado oficial, que fue rechazado inmediatamente. Pero Goering no se desanimó. Cuando Loerzer terminó su formación, un nuevo observador le acompañaba en los cielos. Goering se había trasladado él solo y por su cuenta, arriesgándose a las consecuencias. De hecho, en realidad fue indultado cuando el tribunal militar le condenó a tres semanas de arresto en los barracones. La sentencia jamás se cumplió, debido a que, gracias a la nebulosa organización de la fuerza aérea, para cuando debía hacerse efectiva Goering y Loerzer ya habían sido asignados como equipo al XXV Destacamento Aéreo del Quinto Ejército del Príncipe Guillermo... aunque parece ser que tuvieron que robar un avión para poder unirse al destacamento.

Su principal tarea era el reconocimiento. Goering, que tenía que fotografiar y dibujar las posiciones enemigas y los emplazamientos de la artillería, estaba en su elemento. Su habilidad y precisión se hicieron famosas. Con base ahora en Stenay, en el noreste de Francia, fotografió la cadena de fortificaciones que rodeaban Verdún. Con Loerzer volando bajo, disparaba con su pistola contra los hombres en tierra. Luego volaban sobre las posiciones enemigas, guiando y dirigiendo el bombardeo de artillería. El príncipe heredero otorgó a Goering y Loerzer la Cruz de Hierro de primera clase por su trabajo. La tarea de fotografiar desde esos primitivos aeroplanos era extremadamente difícil y peligrosa, y Goering tenía que inclinar el cuerpo por fuera de la carlinga, aguantándose con sus recias piernas de alpinista contra el otro lado de su asiento, ya que el ala inferior impedía tener una visión directa del terreno que había debajo. Se estiraba por fuera del avión, sosteniendo la pesada cámara y exponiendo placa tras placa con la lente apuntando verticalmente hacia el suelo.

Esa fue la ocupación de Goering durante la primavera de 1915. Al poco tiempo aprendía Morse para poder enviar mensajes a la base. Se dice que su primer mensaje a un comandante de batería en tierra fue: «¡Pueden dejar de disparar; no le darían al puñetero blanco de todas formas!». El comentario ni siquiera estaba cifrado. Otra de sus hazañas ocurrió con ocasión

de un ataque aéreo francés contra el cuartel general del príncipe en Stenay, que coincidió con una visita de la princesa Cecilia a su esposo. El ataque fue efectivo, y Goering y Loerzer fueron enviados solos con órdenes de vengar el honor del príncipe. Goering disparó contra un avión francés con su pistola y dejó caer sus pequeñas pero efectivas bombas (llamadas «ratos de aviador») sobre los hangares del aeródromo francés. Fue ese ataque el que se dice que le inspiró la idea de llevar una ametralladora improvisada en el avión. Fue el primer aviador alemán en hacer tal cosa.

Cuando entraron en servicio mejores aeronaves alemanas, en particular el Aviatik, Goering sintió la necesidad de pilotar su propio aparato. No hay duda de que disfrutaba ejercitando su habilidad como observador, y también del control especial que le daba sobre el trabajo de oficiales que le superaban en rango. Sabía que dependían de él para que les guiara mientras volaba sobre sus cabezas, evaluando la posición como un general al mando y transmitiendo sus «instrucciones» a tierra. Él y Loerzer asistieron a conferencias de Estado Mayor que normalmente hubieran estado vedadas para hombres de tan poco rango... pero sus consejos eran oídos y las fotografías que habían tomado necesitaban su interpretación experta. De esta forma, Goering llegó a ser conocido por el príncipe Federico Guillermo. A Goering no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que el futuro de la guerra para él estaba en el aire, y que era necesario que se convirtiera en piloto. Volvió a la academia de vuelo de Friburgo, donde obtuvo sus alas en un tiempo récord y se jactaba de que nunca había estrellado un aparato. En octubre de 1915 se convirtió en un *Jagdflieger*, un «piloto de caza» o piloto de combate. Goering y Loerzer eran miembros del *Jagdstaffel 5*, una sección de la nueva flota de aviones bimotores que Alemania estaba poniendo en el aire en el frente occidental.

Los ingleses acababan de poner en el aire el bombardero Handley-Page para cubrir las necesidades de la cambiante estrategia en guerra aérea. Un brumoso día de noviembre el nuevo piloto vio un gigante negro volando frente a él, y sin pensarlo se lanzó en picado para verlo más de cerca y, si era po-

sible, derribar la aeronave con sus ametralladoras. Estaba solo; no había hecho caso, a diferencia de sus compañeros, al hecho de que había aviones de combate ingleses en las cercanías. Goering atacó, maravillándose del tamaño del aparato, con las miras puestas en la cola y la sección central del avión. Neutralizó a un artillero y luego al otro, ya que la maniobrabilidad de su máquina era muy superior a la del Handley-Page. Hizo que uno de sus motores estallara en llamas. Y repentinamente se vio bajo el fuego de un enjambre de cazas Sopwith que descendieron sobre él, virando y dando vueltas a su alrededor. Su motor resultó alcanzado y su depósito agujereado por las balas, luego Goering fue herido y sus sentidos comenzaron a abandonarle mientras su máquina también se calaba y perdía potencia. Con el combustible vertiéndose en la carlinga, Goering hizo todo lo que pudo para controlar el aparato, que ahora caía hacia las líneas enemigas y pronto estaría al alcance de las ametralladoras en tierra. Los cazas habían desaparecido, pero su avión descendía girando entre nieblas y nubes. Fue el fuego de ametralladora procedente de tierra el que le sacudió para que reaccionara. Elevó el morro del avión y volvió en vuelo rasante a territorio alemán con lo que le quedaba de combustible antes de hacer un aterrizaje forzoso en el cementerio de una iglesia que era usada como hospital. Fue operado de una herida grave en la cadera por la que fácilmente hubiera podido desangrarse de no haber habido manos expertas inmediatamente disponibles. Se contaron dieciséis agujeros de bala en el fuselaje de su avión.

Goering estuvo inmovilizado cerca de un año. Mientras se recuperaba tuvo su primer asunto amoroso registrado, con una muchacha llamada Marianne Mauser, la bella hija de un granjero acomodado cerca de Mauterndorf. Sus padres eran gentes de posición mediocre, pero aun así no permitieron que la joven pareja llegara al punto del compromiso matrimonial. Herr Mauser consideró el asunto sagazmente: un aviador podía ser una figura romántica, pero su esperanza de vida, desafortunadamente, era corta.

Mientras Goering se recuperaba lentamente, el nuevo concepto de «as del aire» iba creándose en los frentes. El piloto de

combate que se enfrentaba a la muerte en un mortífero duelo de ingenio con hombres tan resistentes y hábiles como él mismo, que vuela por encima del lodo y la degradación de la guerra en tierra, se convirtió en el nuevo héroe cuya foto acaparaba toda la publicidad. Los nombres de Richthofen y Udet se convirtieron en objetos de admiración tanto entre los alemanes como los Aliados, porque sus hazañas o las de sus camaradas se convertían en noticias apasionantes. Loerzer fue nombrado comandante del Escuadrón 26, con base en Mullhouse, donde Goering se reunió con él tras ser dado de alta del hospital en 1916. En Aachen, un día soleado, Loerzer salvó la vida de Goering cuando tenía encima a tres aviones franceses; una vez más consiguió aterrizar a duras penas con el aparato lleno de agujeros de bala y el tren de aterrizaje destrozado. Pero Goering había hecho lo mismo por Loerzer en una ocasión anterior. Así era la vertiginosa guerra en el aire, de decisiones rápidas y de una camaradería basada en la confianza en la pericia mutua.

Hacia 1917, la reputación de Goering como piloto de combate ya estaba plenamente establecida. Además de la Cruz de Hierro, le serían concedidas la León de Zaehring con espadas, la Orden Karl-Friedrich y la Medalla Hohenzollern con espadas de tercera clase, todo eso antes de su condecoración final, la *Pour le Mérite*. En mayo fue puesto al mando del Escuadrón 27, que necesitaba una mejora en su moral. Ahora Goering era responsable tanto de la administración como de la estrategia; tenía que mostrar un liderazgo inspirador. Se puso manos a la obra inmediatamente para reforzar el escuadrón, trabajando día y noche para asegurar la eficiencia, primero en tierra y luego en el aire, del mismo. Ese verano, los dos escuadrones, el 26 y el 27, operaron conjuntamente, volando desde el mismo aeródromo en el frente de Flandes, Isegham, cerca de Ypres. Los ataques aéreos contra los Aliados se convirtieron en una ofensiva importante; el escuadrón de Goering en particular tenía que ayudar en la protección de los demás aviones, atrayendo hacia ellos el fuego enemigo. Los Aliados, mientras tanto, redoblaron sus esfuerzos en el aire y los alemanes contestaron formando grandes escuadrones combinados llamados

Jagdeschwader (escuadrones de caza) que equivalían a cuatro de las otras formaciones; el primero de esos escuadrones estaba bajo el mando de Manfred von Richthofen. Goering y Loerzer se contaban entre los pilotos cuyos escuadrones fueron combinados para crear la tercera de esas formaciones de gran tamaño.

Según se desarrollaba la ofensiva final de marzo de 1918, Goering fue reconocido como un oficial excepcional cuyo liderazgo tenía un efecto vigorizante entre hombres cuya moral flaqueaba. Se le trasladaba a cualquier área donde se estuvieran experimentando dificultades de ese tipo. La vida en el aire era breve y llena de riesgos. Después de abril, cuando Richthofen murió en combate, su promoción fue rápida. Una mañana de mayo, cuando Goering estaba en la carlinga a punto de despegar en una misión, su edecán vino corriendo hacia el aeroplano agitando un papel en la mano. Sobreponiéndose al rugido de los motores, gritó que el Emperador le había concedido a Goering la medalla *Pour le Mérite*. Ésa era la máxima condecoración que podía otorgarse; no se concedía por una única acción de valentía excepcional, sino por haber mostrado valor continuamente en combate (4).

El capitán Reinhardt, un célebre piloto, fue elegido para suceder a Richthofen como nuevo comandante del escuadrón. También él murió un día de mayo, mientras probaba un nuevo avión que Goering en persona acababa de pilotar. Fue entonces, el 7 de julio, cuando Goering fue elegido para comandar el famoso escuadrón de Richthofen, ahora seriamente mermado. El 14 de julio, el día que asumió el mando, los hombres desfilaron para conocerle. Karl Bodenschatz, en su libro *Jagd in Flanders Himmel* comenta lo duro que parecía. «Se podía ver en sus movimientos y en su forma de hablar». El teniente Von Wedel lo presentó a los hombres y Goering replicó «en un tono de voz extrañamente insistente», con palabras informales y sin preparar. Dijo que era un honor especial el ser nombrado comandante de una unidad como aquélla, y habló de los hombres que habían muerto para que la fama y el espíritu del escuadrón fueran los que eran, un espíritu que todos tendrían que tener presente en los terribles días venideros. Entonces el teniente

Bodenschatz, como edecán, le entregó a Goering el distintivo de Richthofen, el bastón fabricado para el aviador más famoso de Alemania por un artesano llamado Holzapfel, gesto que tanto había agradado a Richthofen que había conservado el bastón a su lado hasta el día que murió. Reinhardt había tenido el bastón sólo cuatro semanas.

El 17 de julio Goering envió su primer informe oficial, en el que escribió:

Los monoplazas ingleses siguen siendo tan efectivos como siempre, pero los cazas franceses rara vez penetran más allá de la línea del frente; normalmente evitan los encuentros serios. Por otro lado, los biplazas franceses suelen aparecer en formación cerrada, llevando a cabo sus bombardeos implacablemente y a baja altura. Para ese fin suelen emplear bimotores Caudron cuyo blindaje resiste nuestra munición. Yo mismo, al atacar un Caudron a corta distancia el 15.7.19, malgasté casi toda mi munición; el Caudron simplemente siguió volando, ignorándome por completo. Habría que atacar a esas máquinas bien armadas y blindadas con artillería antiaérea. Al volar en formación cerrada ofrecen un buen blanco para nuestro fuego antiaéreo... Muchos [de nuestros pilotos] tienen que despegar hasta cinco veces al día. A largo plazo, ni los hombres ni las máquinas podrán soportar ese desgaste... La falta de comunicación telefónica directa entre escuadrones y grupos de combate se añade a nuestras dificultades. Es imperativo que se completen nuevas líneas telefónicas.

Al día siguiente Goering se cobró su vigésimo segundo avión aliado, un Spad que derribó a primera hora de la mañana. Informó de manera resumida:

A las 8.15 atacé a varios Spad. Obligué a uno de ellos a descender y, tras algo de barrena, lo derribé. Cayó en los bosques de Bandry.

Ésa fue la última victoria personal de Goering. Pese a los tiempos que corrían, se fue de permiso («bien merecido», según Bodenschatz) el 26 de julio, dejando al teniente Lothar

von Richthofen, el hermano de Manfred, al mando del escuadrón. Goering no volvería hasta el 22 de agosto.

El *Geschwader*, según afirmó Bodenschatz, derribó unos quinientos aviones de los aliados durante sus nueve meses de existencia, pero hacia finales de septiembre el número de hombres y oficiales había quedado muy menguado: cincuenta y tres oficiales, incluyendo personal médico y administrativo, y 473 suboficiales y soldados. La meteorología era mala. «Los rasgos del teniente Goering se endurecen», comentó Bodenschatz. Pero el final de la guerra estaba a la vista. En tierra, el ejército alemán estaba en retirada, y según el verano se iba convirtiendo en otoño, la Fuerza Aérea Inglesa derribaba más y más pilotos de Goering.

En noviembre, durante los últimos días de la guerra, el tiempo era malo y las noticias peores. Circulaban rumores de que el Káiser iba a abdicar, que había disturbios en Berlín, que la Marina se había amotinado; se decía incluso que los soldados disparaban contra sus oficiales. El 9 de noviembre, Goering reunió a sus oficiales y les urgió a que fueran tan leales los unos a los otros en esos días difíciles como lo habían sido en combate, y que lucharan hasta el final.

El periodo del 7 al 9 de noviembre fue testigo de desórdenes cada vez mayores. Los informes de Goering, según los registró Bodenschatz, dejan constancia del hecho. El 7 de noviembre había grandes combates al este del Mosa, y el avance de los Aliados obligó a Goering a replegar a sus hombres y equipo al aeródromo al oeste de Tellancourt, donde las condiciones en tierra eran malas para los despegues y aterrizajes. El tiempo lluvioso impedía volar, y los informes de Goering eran escuetos y formales.

8 de noviembre. Nos instalamos en el aeródromo de Tellancourt. Llovizna, cielos muy encapotados.

9 de noviembre. Tiempo desfavorable. No pasó gran cosa. Preparándonos para la retirada.

Durante tres días de noviembre, los 9, 10 y 11, Goering recibió muchas instrucciones contradictorias de un alto mando

indeciso. La atmósfera de capitulación le resultaba odiosa a un hombre de su temperamento, que tan recientemente había ganado el mérito supremo y cuyo escuadrón, pese a las crueles pérdidas y los reemplazos sin instrucción completa, había sido responsable de grandes actos de valentía y notables éxitos en el aire, hasta que se vio inmovilizado en el suelo de forma tan injustificable (como le parecía a este joven comandante de veinticinco años cuya fotografía estaba a la venta para el público alemán como héroe de guerra). Le llegaban instrucciones dispares: tenía que rendir sus aviones a los americanos, tenía que llevar a sus hombres y máquinas a Darmstadt.

El 10 de noviembre el tiempo seguía haciendo imposible el vuelo, y la agonía de la espera se prolongaba:

10 de noviembre. Por orden del comandante de la Fuerza Aérea del Quinto Ejército, los aeroplanos deberán volar a Darmstadt, el equipo más valioso será enviado por transporte de carretera... en dos columnas de ocho camiones cada una. Las tiendas y unas cuantas máquinas inútiles se quedarán en Tellancourt. Los hombres se desplazarán parte en camión y parte a pie para ejercitarse. Los suministros de comida son adecuados.

Entonces, el 11 de noviembre, llegó la noticia oficial del armisticio y se detuvo la evacuación. Bodenschatz escribe sobre el extraño silencio que se abatió sobre la campiña. Goering convocó a sus hombres y les dijo que jamás se rendiría a los Aliados; continuaría con la evacuación hacia Darmstadt. Bodenschatz fue puesto a cargo de los camiones y los pilotos despegaron pese a la llegada de un oficial del Estado Mayor con órdenes de que el escuadrón pusiera sus aviones a disposición de los franceses en Estrasburgo. Al principio Goering se negó de plano; si había que hacerlo, dijo, entonces que lo hiciera otro. Al final, unos pocos aparatos volaron a Estrasburgo, donde sus pilotos los inutilizaron en aterrizajes forzosos deliberados como último acto de desafío al enemigo.

En la confusión, algunos de los pilotos de Goering equivocaron su ruta y aterrizaron en Mannheim, que era uno de los lugares donde las asambleas de soldados y trabajadores, en re-

vuelta activa contra la autoridad que quedaba, habían tomado el aeropuerto. Al aterrizar, los pilotos fueron desarmados y enviados a Darmstadt por carretera. Cuando llegaron e informaron de lo ocurrido, Goering se puso furioso. Volvió a poner a todo el escuadrón en el aire y voló la poca distancia que había hasta Mannheim, donde, mientras los oficiales privados de sus armas aterrizaban, Goering y el resto de sus pilotos sobrevolaban en círculos el aeródromo. Los oficiales en tierra entregaron un ultimátum a la asamblea de soldados y trabajadores que decía que a menos que las armas robadas les fueran devueltas inmediatamente y se les permitiera volver a despegar sin impedimentos, su comandante, el teniente Goering, ametrallaría el aeródromo. Se devolvió apresuradamente sus armas a los pilotos y volvieron a reunirse con su escuadrón en el aire. Entonces Goering voló de vuelta a Darmstadt y ordenó a aquellos que podían hacerlo que estrellaran sus aviones.

El informe final de Goering sobre el día del armisticio es un homenaje formal a su escuadrón.

11 de noviembre. Armisticio. El escuadrón vuela a Darmstadt con mal tiempo. Niebla. Desde su fundación, el *Geschwader* ha derribado 644 aviones enemigos. Las muertes por acción enemiga alcanzan un total de 56 oficiales y suboficiales pilotos, 6 soldados. 52 oficiales y suboficiales heridos, 7 soldados.

Hermann Goering
Teniente O.C. *Geschwader*.

Goering fue desmovilizado, con el rango honorario de capitán, en la antigua ciudad bávara de Aschaffenburg, a unos cincuenta kilómetros de Frankfurt. Allí, según parece, se alojó en la villa del director gerente de la Buntpapier A.G., una compañía de fabricación de papel, y la disolución real del *Geschwader* tuvo lugar en el patio de las instalaciones de la compañía donde se guardaba el equipaje de los oficiales antes de enviarlo a sus casas. Goering y sus oficiales pasaban la mayor parte del tiempo en el Stiftskeller, el mejor restaurante y lugar para beber de la ciudad. Estaban decididos a mantenerse juntos tanto tiempo como pudieran. El 19 de noviembre Goering dijo final-

mente adiós, y descubrió su don como orador en un discurso que pronunció en el Stiftskeller. Habló de la historia y los logros del famoso escuadrón Richthofen, de los amargos tiempos que Alemania ahora debía soportar, y del vergonzoso comportamiento del pueblo alemán en su actitud hacia aquellos que, como oficiales, se habían sacrificado por su país. Se sentía indignado por la revuelta de los soldados contra la autoridad, y por el apoyo que las asambleas de soldados recibían en muchas partes de Alemania. «Ha comenzado la nueva lucha por la libertad, los principios, la moral y la patria», dijo. «Tendremos que recorrer un camino largo y difícil, pero la verdad será nuestra luz. Debemos estar orgullosos de esta verdad y de lo que hemos hecho. Debemos pensar en ello. Nuestra hora volverá a llegar». Brindó por el Richthofen *Geschwader*; bebieron solemnemente y luego rompieron sus vasos contra el suelo.

En el exterior, se congregaban en las calles muchedumbres de civiles y exsoldados para insultar a los oficiales, que, según creían ahora, habían traicionado a Alemania y sacrificado las vidas de sus hombres para ganar condecoraciones del tipo que el emperador había otorgado a Goering. Se dice que Goering fue asaltado en la calle y que con dificultad consiguió evitar que la turba le arrancara las medallas de la pechera. Se quedó en Aschaffenburg hasta principios de diciembre y entonces, sin beneficios ni pensión, se trasladó a Múnich, donde vivía su madre. Para él estaba claro que debía labrarse su propia carrera en el mundo.

En Múnich, en un principio fue muy afortunado. Durante la guerra había dado un tratamiento generoso a un prisionero de guerra, el capitán Frank Beaumont, un piloto del *Royal Flying Corps*, que había hecho un aterrizaje forzoso en un aparato averiado tras destruir dos aviones de combate alemanes en el aire. Formaba parte del credo de Goering el admirar a un buen enemigo, e hizo todo lo posible por evitar que el ejército se llevara al capitán Beaumont; habló con él largamente sobre la profesión de volar, algo de lo que los dos eran grandes entusiastas. Goering descubrió entonces que el capitán Beaumont, que hablaba alemán con fluidez, estaba destinado en Múnich con la responsabilidad de preparar el camino para la disolución

de la fuerza aérea alemana. Goering se presentó junto con Ernst Udet y fue bien recibido. De hecho, durante unas cuantas semanas, hasta que Múnich se caldeó demasiado políticamente hablando para que Goering pudiera quedarse, Beaumont actuó como anfitrión de Goering y Udet, pagando la pasada amabilidad de éstos con una largueza tal que los dos hombres pudieron vivir bien mientras pensaban qué hacer (5). Mientras tanto, su compromiso no oficial con Fräulein Mauser quedó olvidado. Herr Mauser le escribió a Goering: «¿Qué tiene usted ahora que pueda ofrecer a mi hija?». La respuesta telegráfica de Goering fue: «Nada».

Durante esas semanas inmediatamente posteriores al final de la guerra, Goering se encontró inmerso en un nuevo mundo completamente ajeno a él. Era un oficial prusiano cuya única preparación para la vida era su formación militar y el sentido de casta inspirado por su padre, así como las tradiciones representadas por su vida de niño en los castillos del sur. Ahora era un desempleado de veinticinco años en busca de trabajo. Políticamente, Alemania se había convertido en una especie de anarquía donde las turbas imponían la ley, debido a la debilidad del gobierno apresuradamente constituido para formular un tratado de paz. En Múnich, el trono de Baviera se derrumbó y se proclamó una república el 8 de noviembre, pocos días antes del armisticio. Guillermo II, el Emperador de Alemania, había huido a Holanda, y el general Ludendorff, jefe del Estado Mayor, también había desaparecido. La clase trabajadora alemana se había vuelto contra los hombres que percibían como responsables de la guerra, y los soldados que continuaban en uniforme consideraban que sus oficiales eran unos traidores. En Berlín y en otras cuantas ciudades alemanas se proclamó oficialmente una revolución socialista.

Los oficiales, mientras tanto, se agruparon para defender su casta. Organizaron los llamados *Freikorps*, «los cuerpos libres» de voluntarios, en un intento por mantener la existencia del ejército alemán. En diciembre Goering asistió a una reunión de oficiales en la Sala Filarmónica de Berlín en la que habló el nuevo ministro de la Guerra prusiano, el general Walter Reinhardt, instando al público que abarrotaba el lugar a apoyar al

nuevo gobierno y a obedecer sus órdenes de que los oficiales abandonaran las insignias tradicionales de su rango y reemplazaran sus charreteras por galones en las mangas de sus chaquetas. El propio general llevaba sus tres galones; sus charreteras y medallas habían desaparecido.

Cuando Reinhardt estaba a punto de concluir la reunión, Goering se levantó en medio de los asistentes. Llevaba su uniforme completo, con sus charreteras plateadas, las estrellas de su nuevo rango y la *Pour le Mérite* bien destacada entre sus medallas y condecoraciones. Se subió al estrado diciendo, «le pido perdón, señor». La gran reunión de oficiales quedó en silencio. Goering había descubierto su habilidad como orador en Aschaffenburg; ahora, como uno de los oficiales jóvenes más famoso de toda Alemania, se sentía obligado a decir lo que pensaba. Empezó así:

Suponía, señor, que como ministro de la Guerra, aparecería hoy aquí. Pero esperaba ver una banda negra en su manga que simbolizara su más profundo pesar por la atrocidad que se propone infligirnos. En vez de la banda negra, lleva usted galones azules en su brazo. ¡Creo, señor, que hubiera sido más apropiado que llevara galones rojos!

Los oficiales rompieron en un aplauso, pero Goering levantó la mano pidiendo silencio y continuó hablando.

Nosotros, los oficiales, hemos cumplido con nuestro deber durante cuatro largos años... y arriesgamos nuestros cuerpos por la patria. Ahora hemos vuelto a casa... ¡y cómo nos tratan! Escupen sobre nosotros y nos quitan todo aquello que nos enorgullecía llevar. Y esto os digo, que el pueblo no es el culpable de esa conducta. El pueblo fue nuestro camarada, el camarada de cada uno de nosotros, sin reparar en condiciones sociales, durante cuatro agotadores años de guerra... Los únicos culpables son los que han manipulado al pueblo, esos hombres que apuñalaron por la espalda a nuestro glorioso ejército a costa del pueblo. Y por tanto os imploro que abriguéis el odio en vosotros, un odio profundo y duradero hacia esos animales que han humillado al pueblo alemán... Pero llegará el día

en que los expulsaremos de nuestra Alemania. Preparaos para ese día. Armaos para ese día. Trabajad para que llegue ese día (6).

Entonces Goering abandonó la sala, negándose a seguir sirviendo en un ejército que estaba dispuesto a obedecer las degradantes órdenes del gobierno republicano.

Ahora quería una sola cosa, dar la espalda a la humillación del ejército. Su oportunidad llegó a través de la industria aeronáutica alemana, que pese a todo seguía en funcionamiento. Goering conocía a los fabricantes de aviones, ya que cuando era un as de la aviación los había visitado a menudo y probado sus máquinas. Ahora se dispuso a hacer una demostración del Fokker F7 en Copenhague y a la vuelta le regalaron el avión. Voló con el aparato al aeropuerto de Kastrop y allí hizo exhibiciones aéreas para el público. Hacía acrobacias aéreas y hacía vuelos cortos llevando pasajeros a cincuenta coronas el viaje. De esta forma ganaba dinero suficiente y vivía bien en un hotel. Su magnífico historial militar, que era un problema en casa, era una ventaja social en Dinamarca. Se quedaría en ese país la mayor parte de 1919, viviendo la buena vida tanto como se lo permitían sus ingresos, y las mujeres disfrutaban de su compañía. Volaba de día y flirteaba de noche.

El comportamiento de Goering en Dinamarca no siempre fue ejemplar, pero era guapo y sin compromiso, un hombre útil y atractivo para agraciarse la mesa de una anfitriona. Una de sus anfitrionas, sin embargo, sufrió mucho su falta de modales y autocontrol el día que se hicieron públicos los términos del Tratado de Versalles, cuando en medio de una cena a la que asistían veinte o más invitados, gritó: «¡Llegará el día que volveremos para escribir otro tratado!». Al final, él mismo arruinó su vida social en Dinamarca, y una mujer casada de la cual estaba enamorado hizo todo lo posible para convencerle de que dejara el país para irse a Suecia (7).

Goering tenía la ambición de obtener una posición oficial en el mundo de la aviación. Las acrobacias aéreas ponían a prueba su valor, pero su forma de vida apenas si era apropiada para un soldado y aspirante a caballero. Oyó que se iba a establecer una línea aérea civil en Suecia, y en 1920, tras unos

contactos preliminares, logró obtener un puesto de piloto para la Svensk-Lufftrafik. Antes de eso, durante un periodo en el que su avión estuvo fuera de servicio debido a daños en el tren de aterrizaje, se ganó la vida haciendo vuelos de exhibición y acrobacias cerca de Estocolmo. Goering fomentaba la leyenda de que su avión era el mismo que había pilotado como comandante del escuadrón Richthofen; la publicidad era buena para el negocio. También ganaba algún dinero en Estocolmo como representante de la compañía Heinicken de paracaídas, que se abrían automáticamente cuando el piloto saltaba del aparato.

Goering, como piloto de larga experiencia, recibía con frecuencia encargos para llevar a hombres de negocios y otros pasajeros en viajes privados. Uno de esos vuelos con particulares sería un acontecimiento importante en su vida. Una tarde de invierno de 1920, el conde Eric von Rosen, un explorador famoso y aventurero, llegó al aeródromo y pidió que le llevaran en un vuelo corto a su hacienda de Rockelstad en el lago Baven, cerca de Sparreholm. Nevaba, y le parecía que un vuelo, aunque extremadamente arriesgado, era la forma más rápida de llegar a casa. Le gustaba la idea de la aventura de volar entre la nieve, si había un piloto lo suficientemente valiente para atreverse a correr el riesgo. Goering estaba más que dispuesto a realizar el viaje en la hora o dos de luz diurna que quedaban. Tras perder momentáneamente el rumbo mientras el avión daba bandazos y rozaba árboles y colinas, al final aterrizaron en el hielo del lago Baven, cerca del castillo Rockelstad. El conde von Rosen estaba muy mareado por el viaje. Era demasiado tarde para que Goering regresara, y aceptó la invitación de Rosen y su esposa para pasar la noche en el castillo.

La residencia de los Rosen era para Goering, una vez más, un hogar que podía tratar con respeto. La atmósfera medieval le recordaba los castillos de su juventud en Alemania. Pasó la mirada por las armaduras, los trofeos de caza y las reliquias de expediciones, los cuadros que eran señal de buen gusto y las tradiciones de una familia de abolengo. Había un gran oso disecado en posición amenazadora que el propio conde había capturado a la verdadera usanza vikinga. Después de un baño y

una bebida caliente, los congelados aeronautas sintieron cómo la vida volvía a ellos junto a un gran fuego de troncos.

Mientras Goering permanecía frente a los leños ardientes, debió percatarse de la esvástica grabada en el herraje que rodeaba la chimenea. Probablemente fuera la primera vez que veía el emblema (8). Frente a la chimenea estaba la gran escalera que conducía al salón. Goering levantó la vista y al instante su atención quedó fijada en la visión de una mujer que descendía por la escalera hacia él: era hermosa. El conde se la presentó como la hermana de su mujer, la baronesa Carin von Kantzow, que se alojaba con ellos en el castillo.

Goering tenía veintisiete años. Durante la velada, mientras observaba a esa alta mujer cinco años mayor que él, empezó a enamorarse de ella. Haber descendido de los cielos llenos de nieve a ese magnífico castillo junto a un lago helado ya era bastante romántico. Y ahora, envuelto en calidez y confort, con el fuerte licor agitando la sangre en sus venas, la sensación de amor romántico creció en él, un amor que no se parecía a las alegres aventuras y amoríos de las ciudades. La hermana mayor de Carin, la condesa von Wilamowitz-Moellendorff, en su biografía de Carin, afirma que Goering experimentó un flechazo a primera vista. Él y la familia permanecieron despiertos la mitad de la noche, cantando canciones populares suecas y alemanas con el acompañamiento de la guitarra de von Rosen.

Carin von Kantzow era una mujer maternal y muy hogareña; era de temperamento sentimental, infeliz, se había distanciado de su marido y estaba lista para responder al tipo de amor idealizado que Goering estaba dispuesto a ofrecerle. No gozaba de una salud robusta. No cabía la posibilidad, teniendo en cuenta las circunstancias, de otra forma de amor que no fuera una basada en la devoción romántica, ya que Carin era vigilada de cerca por su hermana y su cuñado, así como por sus padres, y tenía un hijo de ocho años, Thomas, al que amaba muchísimo. Su marido, Nils von Kantzow, con quien llevaba diez años casada, era un oficial del ejército y había sido agregado militar sueco en París.

Para cuando Goering pudo marcharse del castillo, ya le había pedido a Carin que se reuniera con él en Estocolmo. Se acordó que él la visitaría en la casa de sus padres. Su padre, el

barón Karl von Fock era, como su marido, un oficial del ejército sueco; su madre, la baronesa Huldini Beamish-Fock, era una inglesa cuya familia vivía en Irlanda y cuyo padre había servido en el regimiento Coldstream. Su hermana Fanny había estado casada con un oficial alemán, el conde Richard von Wilamowitz-Moellendorf, que murió en la guerra. Las simpatías de Carin estaban completamente de parte de Alemania, como simbolizaban su cuñado y ahora el apuesto héroe de guerra alemán que, según empezaba a darse cuenta Carin, estaba perdidamente enamorado de ella.

Carin era, por inclinación natural y educación, sentimentalmente religiosa. Su madre mantenía una cofradía cristiana para mujeres centrada en su residencia. Esta hermandad femenina, llamada la Sociedad Edelweiss, había sido creada por la abuela de Carin, la señora Beamish, que se había ido a vivir a Suecia tras quedar viuda. La señora Beamish había muerto el 25 de diciembre de 1895 y su hija, la baronesa, le había prometido que mantendría la sociedad con el mismo espíritu.

La Sociedad Edelweiss tenía su propia capilla, una construcción pequeña en el reducido jardín amurallado detrás de la residencia familiar en Greve-Ture-Gatan. La capilla, como la sociedad, todavía sobrevivía a la hora de escribir este libro con la actual condesa von Rosen como su hermana superiora. Sus reuniones se celebraban, y continuaron haciéndolo, en días laborables, cuando los miembros se reunían para orar y tocar música. La capilla sólo puede contener a un número muy reducido de personas. El sol que entra a raudales por sus ventanales la hace luminosa y alegre; el suelo está bellamente alfombrado y está amueblada con antigüedades. Hay cuatro reclinatorios frente al diminuto presbiterio con su altar. Está en medio de un jardín amurallado adornado con estatuas religiosas. Esta capilla posteriormente contendría terribles recuerdos para Goering, pero por ahora le parecía, bajo la influencia de Carin, como una revelación de paz espiritual y belleza.

La pequeña capilla en el jardín y la hermandad unida por la oración bajo el emblema de una flor estaban hasta cierto punto influidas por el florido misticismo que estaba en boga a finales del siglo XIX, el misticismo que afectó a muchos poetas de la

época, y especialmente al irlandés W. B. Yeats. Una de las hermanas, la princesa María Isabel zu Wied, publicó en 1937 un libro inspirado en esta fe llamado *La Vida Interior*. Su dedicatoria dice: «A Hermann Göring, con amistad y gratitud» (9).

Goering, impresionable, solitario y enamorado de Carin, se vio atraído al culto de la Capilla Edelweiss. Escribió una carta sentimental a la baronesa en un sueco imperfecto:

Me gustaría agradecerle con todo mi corazón el hermoso momento que me fue dado pasar en la Capilla Edelweiss. No tiene idea de cómo me sentí en esa atmósfera maravillosa. Era tan tranquila, tan encantadora, que me olvidé de todo el ruido y las preocupaciones terrenales y me sentí como transportado a otro mundo. Cerré los ojos y absorbí la atmósfera límpida y celestial que llenaba toda la sala. Era como un nadador descansando en una isla solitaria antes de volver a lanzarse a las feroces corrientes de la vida. Se lo agradecí a Dios y oré con calidez.

La azarosa vida de piloto ya no tenía el mismo atractivo para Goering. Quería casarse con Carin y volver a Alemania. Pero se interponían muchos obstáculos entre los dos, entre los cuales estaba su falta de trabajo fijo y la actitud poco favorable de Carin y su familia a la idea del divorcio. Decidió que debía volver a casa para prepararse para una vida diferente a la del soldado o la del piloto. A principios del verano de 1921 dejó a Carin en Suecia y regresó a Múnich, donde su madre seguía viviendo. Allí se matriculó a la edad de veintiocho años como estudiante de la universidad, en ciencias políticas. Carin, mientras tanto, visitó a Frau Goering en Múnich, y como resultado finalmente se decidió a pedirle el divorcio a su marido. Nils von Kantzow se comportó con la mayor generosidad y le dio dinero a su esposa junto con su libertad. Esto permitió a Carin y Goering casarse y establecer un hogar en Alemania. La boda tuvo lugar en Múnich el 3 de febrero de 1922. El primer hogar de los Goering fue un pabellón de caza en Hochkreuth, en los Alpes Bávaros, cerca de Bayrischzell, a unos ochenta kilómetros de Múnich, y allí fue donde pasaron su luna de miel.

Tanto él como ella eran ardientes nacionalistas. Goering

necesitaba poca incitación ya fuera en la universidad, donde era un estudiante desgano, o en cualquier otra parte, para expresarse violentamente contra la República de Weimar y asistir a mítines nacionalistas donde se vilipendiaba al gobierno. También estaba el Tratado de Versalles, que le dolía como una desgracia nacional. Desde la guerra, Alemania había pasado por un periodo de crisis, revolución y colapso económico, todo debido al odio revanchista de sus enemigos y a la traición de su propio gobierno. Eso era lo que pensaba Goering.

El periodo en que Goering había estado volando en Escandinavia fue el mismo durante el cual Adolf Hitler había estado organizando a su vez el partido nazi, el NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán). Hacia 1922, cuando Goering se encontró con Hitler por primera vez, éste había formado las SA (*Sturmabteilung*), su fuerza de tropas de asalto, que usaba como fuerzas de seguridad en sus mítines políticos y para provocar disturbios en los mítines de otros partidos. Tenía su base en Múnich. El gobierno regional bávaro era tolerante y débil; debió emprender acciones para desbandar a esos perturbadores de la misma forma que los *Freikorps* de posguerra fueron desbandados. Pero los ataques de las SA contra los comunistas no eran mal vistos por el gobierno bávaro; en las calles ocurrían con frecuencia batallas enconadas. Nadie que viviera en Múnich podía ignorar a Hitler hacia 1922.

Durante la defensa de Goering en los juicios de Núremberg, proporcionaría este relato de cómo él y Hitler se conocieron en el otoño de aquel año (10):

Un día, un domingo de noviembre u octubre de 1922, la exigencia de extradición contra nuestros líderes militares saltó al primer plano otra vez con ocasión de una manifestación de protesta en Múnich. Acudí a esa manifestación de protesta como espectador, sin tener ninguna conexión con ella. Allí hablaron varios oradores de diferentes partidos y organizaciones. Allí pidieron que hablara Hitler. Había oído su nombre mencionado brevemente con anterioridad y quería oír lo que tenía que decir. Rehusó hablar, y fue pura casualidad que me encontrara lo suficientemente cerca para oír las razones

de su negativa... Consideraba inútil lanzar protestas sin ninguna fuerza que las respaldara. Eso me causó una profunda impresión, ya que yo era de la misma opinión.

Inquirí, y averigüé que Hitler celebraba una asamblea todos los lunes por la noche. Fui allí, y Hitler habló sobre aquella manifestación, sobre Versalles y sobre el rechazo al tratado. Dijo que una protesta tiene éxito sólo si está respaldada por el poder para darle fuerza. Si Alemania no se volvía fuerte, ese tipo de cosas carecía de sentido. Su convicción hablaba palabra por palabra como si procediera de mi propia alma.

En uno de los días siguientes fui a la oficina del NSDAP. Al principio sólo quería hablar con él para ver si podía ayudarme de alguna manera. Me recibió enseguida y después de que me presentara dijo que era un extraordinario giro del destino el que nos hubiéramos conocido. Al instante empezamos a hablar de las cosas que ocupaban nuestros pensamientos; la derrota de nuestra patria... Versalles. Le dije que yo y todo lo que poseía estábamos completamente a su disposición para esta causa esencial e importantísima: la lucha contra el Tratado de Versalles.

Hitler habló largamente sobre su programa y luego le ofreció a Goering una posición en el partido nazi.

Llevaba tiempo buscando un líder que se hubiera distinguido de alguna forma durante la última guerra, de forma que tuviera la autoridad necesaria. Ahora le parecía un golpe de suerte que yo en particular, el último comandante del escuadrón Richthofen, me pusiera a su disposición. Le dije que no me sería muy agradable tener un puesto de dirigente desde el principio porque parecería que había venido al partido simplemente por el puesto. Finalmente llegamos a un acuerdo: Durante dos meses permanecería oficialmente en segundo plano, y sólo asumiría el liderazgo después de ese tiempo, pero en realidad quería hacer sentir mi influencia de inmediato. Accedí a ese compromiso y de esa manera uní fuerzas con Adolf Hitler.

Así fue como Goering, complacido consigo mismo, se unió al partido nazi y a la edad de veintinueve años volvió a tener aquello que más deseaba: estar al mando de hombres.

2

Fracaso y exilio

Para Goering el mando de las tropas de asalto, que siguiendo su propia sugerencia no asumió formalmente hasta dos meses después, se convirtió en una tarea absorbente. En sus propias palabras:

Al principio era importante hacer de las SA una organización estable, disciplinarla y convertirla en una unidad de absoluta confianza que llevara a cabo las órdenes que yo o Hitler le diéramos... Desde el principio luché para atraer a las SA a aquellos miembros del partido que fueran lo suficientemente jóvenes e idealistas para dedicar su tiempo libre y todas sus energías a la organización... En segundo lugar, intenté encontrar reclutas entre los obreros (1).

Se necesitaban esos hombres para los combates callejeros organizados y como fuerza ofensiva en las reuniones políticas de Hitler. Goering era el hombre ideal para levantar la moral. Tal y como lo dijo el propio Hitler, al recordar los principios de su relación:

Me gustaba. Lo convertí en el jefe de mis SA. Fue el único de sus jefes que dirigió las SA de la forma apropiada. Le di una turba indisciplinada. Al poco tiempo había organizado una división de once mil hombres (2).

Desde el mismísimo principio de esta extraordinaria rela-

ción, Hitler, el cabo en gabardina, ejerció un poder absoluto sobre Goering, el afamado comandante del Escuadrón Richthofen. Hitler no procedía de buena familia, ni había tenido una buena educación; durante años había vivido en la miseria, incapaz de resolver el problema de ganarse la vida de la forma más básica. En el ejército, donde había sido un *Meldegänger* o correo para oficiales, había obtenido un galón y nada más. Pero ahora estaba obsesionado con la necesidad de obtener poder político, y su don para el debate y la agitación lo habían convertido en el amo indiscutido de Goering. Parecían una pareja de lo más improbable, pero cada uno de ellos tenía la percepción para reconocer las ventajas que el otro podía proporcionarle. Goering ofreció a Hitler los servicios de un oficial y caballero de fortuna. Hitler le ofreció a Goering la oportunidad de convertirse en un revolucionario activo y de agitar un puño ensangrentado al grito de «¡Al infierno con Versalles!».

Goering se trajo a Carin de las montañas a Múnich, y se establecieron en una nueva casa en la zona de Obermenzing. Amueblaron su pequeño hogar lo mejor que pudieron y pronto se convirtió en lugar de reunión para los miembros permanentes del nuevo partido. Carin conoció a Hitler y asistió al primer gran desfile en el Marzfeld [el Campo de Marte, literalmente] de Múnich, el 28 de enero de 1923. Le caía bien Hitler, que sabía cómo encandilar a las mujeres, y muy pronto los Goering ofrecían su hospitalidad al líder y sus amigos, personas como Rudolf Hess, que también había sido piloto en la Fuerza Aérea; Alfred Rosenberg, al que llamaban filósofo, un báltico-germano de Riga que había huido a Alemania durante la Revolución Rusa tras haber vivido en Moscú y se había convertido en un furibundo anticomunista, y el capitán Ernest Roehm, un soldado profesional de treinta y seis años que todavía seguía en el ejército; aunque no era miembro de la casta de la oficialidad por nacimiento. Durante la guerra, Roehm había entablado contacto con el general Ludendorff, el último jefe de Estado Mayor del Ejército Alemán. Aparte de Rosenberg, todos esos hombres eran militaristas, lo que los convertía en una compañía apropiada para Goering, aunque no tanto para su aristocrática esposa.

Roehm, en particular, era útil por la gran cantidad de amistades que tenía en los círculos militares, y había hecho mucho por aumentar el número de voluntarios para las SA. De hecho, veía en las SA el núcleo de un ejército secreto que acabaría reemplazando finalmente al Reichswehr, las fuerzas de defensa de la República, que consistían principalmente en el ejército y que el Tratado de Versalles había limitado supuestamente a 100.000 hombres. Este homosexual de cuello grueso, era un hombre capaz que consideraba a Goering más un rival que un aliado. Pero Hitler, que ya empezaba a practicar su política de divide y vencerás, reconoció en Goering un freno apropiado para las energías indisciplinadas de Roehm, a quien concedió el altisonante título de Jefe de Estado Mayor mientras que Goering era el comandante real de las SA.

Carin, la baronesa de esmerada educación y tendencias místicas, debió contemplar con un cierto asombro a esos hombres que entraban y salían de su casa a todas horas y que hablaban hasta quedarse roncos, comparados con los compañeros que había tenido durante su vida protegida en Estocolmo. Pero Hermann estaba claramente en su elemento, y contaba con la gran ayuda de la cuenta bancaria de su esposa en Suiza. Carin estaba decidida a que su esposo sirviera lo mejor que fuera capaz a su país, que ahora también era el de ella. Por encima de todo, ella, como su marido, aceptaba el genio de Hitler sin discusión, y escuchaba los interminables debates en los que se atacaba invariablemente el comportamiento de la nueva democracia representada por la República de Weimar y el tratamiento de Alemania a manos de los Aliados tras la derrota, junto con los judíos y los comunistas, que eran considerados como los poderosos instigadores de la humillación y el sufrimiento de Alemania.

Para demostrar lo serio de sus intenciones, tanto Hess como Goering acudieron a la Universidad de Múnich y asistieron, según Ernst Hanfstaengl, que los conoció durante ese periodo, a cursos de conferencias sobre la guerra de liberación alemana contra Napoleón, impartidas por el historiador Karl Alexander von Müller (3). Hanfstaengl, que encontraba entretenida la compañía de Goering, aunque fuera «un completo *condottiere*,

el perfecto soldado de fortuna», dice que éste también tenía un cierto desprecio irónico por los bávaros provincianos que rodeaban en ese entonces a Hitler; intentó reafirmar su origen familiar llevando monóculo. Hitler aparentemente le devolvió el cumplido cuando Goering no estaba presente, haciendo mofa de los devotos «cariños» que Carin profesaba continuamente a Goering. Y, sin embargo, Hanfstaengl consideraba a Goering una persona atractiva e inteligente, con un fondo de sentido común mucho más amplio que el de los demás nazis.

Las SA eran uno de los muchos refugios semimilitares para los soldados expulsados del ejército durante los años posteriores a la guerra. Originariamente, muchos de ellos se unieron al movimiento *Freikorps*, que fue tolerado deliberadamente por los Aliados tras la disolución formal del Ejército Imperial, debido al miedo al poder comunista en Alemania y al fervor revolucionario de la Unión Soviética. El movimiento *Freikorps* era la respuesta de la derecha a la izquierda tanto dentro como fuera de Alemania; estaba organizado a nivel regional de manera privada y financiado por los ricos para oponerse al gobierno izquierdista. Sin embargo, los *Freikorps* pronto se convirtieron en bandas de saqueadores indisciplinados, repudiados por los Aliados y la República de Weimar. Eran una fuente ideal de reclutas para los nazis, que a su vez eran unos saqueadores. Los *Freikorps* siempre habían actuado como inspiración para Hitler; según Goering y Reitlinger, tomó de ellos la bandera con la esvástica, las camisas pardas y lo que se convertiría en el saludo hitleriano. También tomó de ellos a Roehm, que era uno de los líderes de los *Freikorps* después de la guerra.

Cuando finalmente los Aliados impusieron el desarme de los *Freikorps*, Hitler convirtió inmediatamente lo que era a todo los efectos su propio movimiento de *Freikorps* en una organización «deportiva»; posteriormente la rebautizaría como *Sturmabteilung* o las SA, que como hemos visto era el nombre que ya tenía cuando Goering se puso al mando de ésta. Mientras Roehm quería vincular las SA con el «Reichswehr Negro», el ejército complementario y encubierto apoyado secretamente por la República de Weimar, Hitler quería retener las SA para sí mismo, actuando como guardaespaldas y fuerza

propagandística para el desarrollo de la agitación política dirigida contra la República de Weimar y la izquierda alemana. Solo por esta razón, Goering era, desde el punto de vista de Hitler, un comandante más adecuado para las SA que Roehm.

Durante 1923, Goering trabajó en la reorganización de las SA, que crecieron rápidamente en número hasta tal punto que incluso el gobierno de derechas de Baviera empezó a preocuparse. Hitler, aunque seguía siendo un revolucionario aficionado, sabía que en esta etapa de complicaciones y caos en la política alemana no era lo suficientemente poderoso para liderar una rebelión a escala nacional; necesitaba aliados que compartieran lo suficiente sus puntos de vista para trabajar con él y a los cuales pudiera dominar al final por la fuerza de su personalidad. Por esta razón, 1923 fue para él un año de negociaciones extenuantes y en su mayor parte fracasadas, en las que Goering estuvo estrechamente implicado, mientras que al mismo tiempo las SA eran disciplinadas y recibían instrucción al estilo militar en los bosques a las afueras de Múnich. El gobierno bávaro, siempre en la incertidumbre en cuanto a sus relaciones con Hitler, se posicionó, pese a todo, en abierta rebelión contra el gobierno de Berlín en los últimos meses de 1923. En esta situación radicaba la esperanza de Hitler de poder amalgamar las fuerzas que depondrían al gobierno nacional y que lo llevarían a él personalmente a obtener cierto tipo de poder en la cresta de la ola revolucionaria que se originaría en Baviera.

En enero, Hitler consiguió persuadir a las autoridades bávaras para que le permitieran celebrar una reunión de unos cinco mil SA en Múnich. En este encuentro multitudinario habló en contra del gobierno central en un intento de demostrar a sus seguidores que la apuesta del partido por hacerse con el poder político en Alemania era más importante que entrenarse para combatir a los franceses en el Ruhr. Opuesto a cualquier relación con el ejército, Hitler también era consciente de que para tener éxito debía aliarse con movimientos nacionalistas similares al suyo y aumentar así sus fuerzas. Eso último lo consiguió en febrero con la ayuda de Roehm. En primavera comenzó con sus intentos, sin éxito, de persuadir al general Otto von Lossow, el comandante del ejército en Baviera, para que

marchara con él a Berlín a la manera de Mussolini. En abril, Goering ocupó las oficinas del periódico del partido nazi de tirada diaria, el *Völkischer Beobachter*, para impedir el arresto de Dietrich Eckart, el escritor de mala reputación que dirigía el periódico para Hitler. Otro desafío más a las autoridades.

El 1 de mayo Hitler cometió un error fatal. Había planeado una manifestación importante para ese día tradicional en el que los socialistas de Múnich celebraban su manifestación; había esperado recibir el apoyo de Lossow, pero este apoyo, pedido en el último momento, se le negó de manera contundente. Eso lo dejó en una situación embarazosa, ya que, si causaba los disturbios que pretendía, tanto el ejército como la policía se verían obligados a atacar a los hombres de las SA en vez de darles apoyo, hombres que ya habían recibido la orden formal de reunirse en todo su número llevando las armas ilegales que poseían. El propio Hitler, presa de la ansiedad respecto a qué hacer, se reunió con Goering y otros colegas y asociados destacados en la plaza de armas de Oberwiesefeld, donde miles de hombres esperaban sus órdenes. Él, Goering y el resto llevaban sus condecoraciones; tanto Hitler como Goering aspiraban a tener un feroz aspecto marcial con sus cascos de acero. Roehm, a su vez, se sobrepasó al engañar al ejército regular para que rindiera sus armas a las tropas de asalto. Eso fue demasiado para el general Von Lossow. Convocó a Roehm, que seguía siendo un oficial del ejército, y le dijo que debía devolver las armas inmediatamente. Entonces envió a Roehm escoltado a la plaza de armas con el ultimátum de que las tropas de asalto no debían desfilar ni causar más problemas. Hitler sabía que había sido derrotado, aceptó el hecho pese al airado consejo de los demás y, frente a todos sus hombres, capituló ante Von Lossow, sin cuyo apoyo sabía que no tendría éxito ninguna violencia a gran escala. Al final regresó a su casa de Berchtesgaden para volver a planear el futuro, y durante unas cuantas semanas participó poco en los debates subsiguientes en Múnich. Pasó la mayor parte del verano en las montañas.

Los debates, con o sin la presencia de Hitler, tuvieron lugar de manera interminable en las oficinas del partido, en los hogares de los líderes (particularmente en la casa de Goering en Obermenzing) y en la taberna Bratwurstglöckle cerca de la

Frauenkirche [iglesia de Nuestra Señora], en el centro de Múnich. Allí, Goering, Roehm, Heines —el amigo homosexual de Roehm y asesino convicto—, Anton Drexler —uno de los fundadores del partido nazi—, Eckart, Rosenberg —el llamado intelectual del grupo— y Ernst Hafstaengl —el acaudalado representante de la cultura de Múnich—, se solían sentar juntos por la noche en la misma mesa, bebiendo cerveza y discutiendo su política en voz alta y sin concesiones. A menudo Carin se unía a su compañía y ocasionalmente Julius Streicher acudía desde Núremberg para añadir su contribución particular de grosero antisemitismo. Cuando Hitler estaba en Múnich se unía a ellos, aunque, según parece, prefería visitar Obermenzing y las comodidades más tranquilas que le proporcionaba Carin. Fue ella la que insufló nuevos ánimos en los corazones de Hitler y su marido en los oscuros días que siguieron a la derrota del 1 de mayo.

Hacia el otoño, Hitler y Goering volvían a estar ante la puerta del general Von Lossow, urgiéndole a que se uniera a ellos en su causa común contra el gobierno central. Mientras tanto, en agosto, Gustav Stresemann se había convertido en canciller en Berlín, y el 27 de septiembre, alarmado por la aparentemente inevitable insurrección en Baviera, proclamó la ley marcial en toda Alemania. Tres semanas antes, el 2 de septiembre, Hitler había reforzado su consolidación de las fuerzas nacionalistas en una reunión multitudinaria celebrada en Núremberg, en la que su discurso contra el gobierno central fue muy aplaudido; el general Ludendorff también había consentido en aparecer en apoyo del movimiento. Por otro lado, el descontento social llevaba creciendo desde enero sin que los nazis o sus socios bávaros tuvieran nada que ver, cuando los franceses ocuparon el Ruhr para obligar a Alemania a hacer efectivas las compensaciones prometidas en el Tratado de Versalles. El movimiento *Freikorps* había entrado en una fase de resistencia pasiva para hostigar al invasor y, animado por el Reichswehr Negro, el cuerpo complementario ilegal del Reichswehr, se había mostrado dispuesto a liderar una revuelta contra el gobierno de Berlín. Este Reichswehr Negro, bajo el comandante Buchrucker, alcanzaba unos veinte mil hombres y en el pasado había

sido tolerado porque guardaba las fronteras del este contra los polacos. Pero ahora esa fuerza ilegal tenía desagradables conexiones con la sociedad secreta conocida como *Die Feme*,⁴ con su tradición medieval de brutalidad y atrocidades, y que, como los movimientos militaristas en Baviera, era una amenaza cada vez mayor para la seguridad del gobierno central en Berlín.

El objetivo de Stresemann era terminar con la resistencia pasiva en el Ruhr para salvar a Alemania de la anarquía y llegar a un acuerdo con los Aliados: el gobierno bávaro, por otro lado, se oponía a cualquier concesión a los Aliados. Mientras tanto, la inflación asolaba la economía alemana, y el marco, que ya había caído a más de siete mil frente al dólar en enero, se desplomó a simas abisales hacia noviembre.

Durante este periodo Goering había intentado, en nombre de Hitler, convencer al general Von Lossow, como comandante del Distrito Militar Bávaro, para que rompiera su alianza formal con Berlín y que marchara con las SA y sus socios para deponer al gobierno de Stresemann, que hacia el invierno ya consideraba a Baviera como el principal centro de rebelión en Alemania y estaba dispuesto a emplear la fuerza que hiciera falta para reprimir cualquier posible revuelta. Mussolini les había dado una espléndida demostración de lo que se podía conseguir de esa manera cuando realizó su Marcha sobre Roma en octubre del año anterior. Los desconfiados intentos de Hitler por crear una alianza con el gobierno bávaro no pudieron, sin embargo, desarrollarse hasta el punto de la acción, y Hitler decidió forzar el asunto con sus asociados más inmediatos. Mientras decidía qué acción emprender, Gustav von Kahr, el nuevo comisario del Estado y virtual dictador de Baviera, anunció una asamblea política. Ésta tendría lugar el 8 de noviembre de 1923, y Hitler sospechaba que Kahr, en quien no

4. Organización terrorista de la época, concebida como tribunal secreto para ejecutar a los enemigos de la nación alemana y que basaba sus prácticas en las de su predecesora medieval homónima. La palabra «Vehm» significa «castigo» en alto alemán medio y su forma moderna sería «Feme» (*N. del T.*)

confiaba en absoluto, anunciaría por su cuenta la independencia de Baviera y robaría así el impulso a los nazis. Hitler estaba decidido a que eso no ocurriera, y ordenó a Goering que preparara a las tropas de asalto para entrar en acción. Goering se apresuró a cumplir con sus órdenes abandonando a Carin en su lecho de enferma: tenía neumonía y todavía seguía febril. Para añadir a sus preocupaciones, su madre acababa de morir. Besó a Carin y le dijo que volvería muy tarde y que no debía preocuparse. Entonces se reunió con Hitler lo antes que pudo y convocó a las tropas de asalto.

El mitin público convocado por Von Kahr se celebró en el enorme auditorio de la Bürgerbräukeller, una taberna en las afueras que podía acomodar una asistencia de tres mil personas. Kahr subió al estrado junto al primer ministro de Baviera, el Dr. Von Knilling, el general Von Lossow y otros ministros del estado bávaro. Kahr habló a sus oyentes mientras éstos estaban sentados bebiendo cerveza en grandes jarras; habló de la necesidad de un nuevo ejército alemán que fuera heredero de la gloria perdida en esos tiempos. Para el público se trataba de un tema ya familiar, y se preparaban para seguir bebiendo a buen ritmo cuando repentinamente oyeron la voz de un hombre gritando y el sonido de disparos de pistola. Hitler, con un aspecto desaliñado en un abrigo que le quedaba grande, estaba de pie sobre una mesa apuntado al techo con su pistola. A su lado estaban Hess y Goering, así como el guardaespaldas personal del líder, un luchador llamado Graf. Avanzaron hacia el estrado, donde Kahr se quedó inmóvil, tan conmocionado como su público por esta salvaje interrupción.

Hitler se puso frente a él y gritó: «Ha comenzado la revolución nacional. Este edificio ha sido ocupado por seiscientos hombres armados. Nadie puede abandonar la sala». Los bebedores de cerveza vieron que había una ametralladora apostada en la entrada principal. Hitler engañó a los presentes haciéndoles creer que los gobiernos de Baviera y el Reich habían sido derrocados, y que el ejército y la policía habían unido sus fuerzas a la esvástica. Entonces procedió a desalojar a los ministros del estrado a punta de pistola para llevarlos a una reunión en otra habitación. Goering se quedó al mando.

El público se recuperó de la conmoción y empezó a hablar. Goering pudo ver que no estaban satisfechos, así que decidió hablar a la concurrencia él mismo, hablando desde el estrado: «No hay nada que temer», gritó. «Somos sus amigos. No tienen razón para rezongar, ¡tienen cerveza!». Se había formado un nuevo gobierno, añadió, indicando la habitación donde Hitler, pistola en mano, intentaba febrilmente convencer a los tres ministros para que se unieran a él en un gobierno formado con el general Ludendorff. Ludendorff, de hecho, no sabía nada de lo que estaba ocurriendo, aunque en ese momento era llevado a la cervecería por los emisarios de Hitler.

Los ministros, inseguros de qué hacer con Hitler, que estaba en un estado de paroxismo, eludieron sus exigencias. La situación era tensa porque esperaban que Ludendorff apareciera en cualquier momento, y no se podía mantener coaccionados a los numerosos asistentes durante mucho tiempo. Hitler tenía que actuar. Sin más discusión, volvió al estrado, anunciando a la asombrada audiencia que un nuevo gobierno nacional estaba formándose con la colaboración de los ministros. Anunció que él tendría el control de la política del nuevo gobierno nacional y que el general Ludendorff estaría al mando del nuevo ejército nacional que marcharía inmediatamente hacia Berlín. Los asistentes, creyendo que Hitler había conseguido el apoyo de los hombres en los que confiaban (tanto como confiaban en alguien), empezaron a dar vítores. Entonces llegó Ludendorff. Aunque se enfureció ante la sorpresa que le habían preparado, dejó que su presencia pareciera apoyar lo que estaba ocurriendo. Hitler, feliz hasta el delirio, juró venganza contra los «criminales de noviembre» de 1918 y afirmó que en esos momentos nacía una nueva Alemania, fuerte, libre y espléndida. Gritó: «¡El día de mañana verá un nuevo gobierno nacional o nos verá muertos! Mañana ganaré o moriré». Y, como un actor en un melodrama, se puso el cañón de su pistola en la cabeza.

El problema, mientras los asistentes salían, era qué hacer con los ministros. Hitler tenía que dejarlos en las manos de Ludendorff, mientras él acudía a las calles a poner fin a la batalla que, según oyó, había empezado entre las tropas de asalto y un

destacamento de tropas del ejército. Cuando al fin regresó, descubrió que se había dejado marchar a los ministros después de que dieran su palabra de honor a Ludendorff de atenerse a lo acordado. Hubo una gran confusión de ideas respecto a qué acciones emprender. Mientras tanto, Kahr, que había recibido llamadas telefónicas de Berlín en las que se le amenazaba con medidas extremas, dio los pasos que pudo para contraatacar. Al amanecer había cientos de proclamas impresas pegadas por todo Múnich abjurando de cualquier acuerdo con Hitler y ordenando la disolución del partido nazi. Kahr entonces transfirió el gobierno del Estado a Ratisbona. Estaba claro para todas las fuerzas armadas que el Estado no había sido engañado para unirse a la revolución de Hitler y que el gobierno original seguía en el poder.

Tan pronto como tuvo un momento libre, Goering pidió a Hanfstaengl que telefonara a Carin y le dijera que no se preocupara si no volvía a casa esa noche; entonces le entregó una carta dirigida a ella para que la pusiera al correo. Estaba profundamente preocupado por ella, aunque hasta cierto punto le tranquilizaba saber que su hermana Fanny estaría junto a ella para cuidarla. Entonces volvió su atención a las incertidumbres de las acciones de esa noche.

Hitler, Goering y Roehm estaban descubriendo por experiencia propia que no se podía poner en marcha una revolución de manera tan apresurada, descuidada o melodramática. El único que había emprendido una acción decisiva era Roehm, ocupando el cuartel general del ejército en Múnich, donde permaneció con sus hombres. Hitler lo visitó durante la noche para discutir la situación. Hess, mientras tanto, estaba ocupado tomando rehenes, incluyendo a dos ministros del gobierno bávaro. Fue Ludendorff el que propuso una solución al dilema de qué hacer. Sugirió una acción basada, como comentó mordazmente, en su reputación personal. No creía que las fuerzas armadas o la policía dispararan contra él, y propuso que a la mañana siguiente, el 9 de noviembre, marcharía a la cabeza de las tropas de asalto con Hitler a su lado para tomar el centro de Múnich. Hitler, al que ya no le quedaba otro plan en mente, accedió con relucencia.

Así, cerca de las once de la mañana de ese lóbrego día de noviembre, comenzó la marcha. Hitler, Ludendorff, Goering y Hess, junto con otros líderes nazis, se pusieron a la cabeza de unos tres mil miembros de las tropas de asalto, de los cuales sólo unos pocos estaban armados. Salieron de la Bürgerbräukeller y avanzaron a lo largo de la carretera hacia el centro de la ciudad. La bandera con la esvástica estaba enarbolada bien alta, y un camión que transportaba tropas de asalto con ametralladoras se puso cerca del principio de la columna. Hitler llevaba su pistola en la mano mientras marchaba. Goering, que esperaba problemas, se aseguró de llevar unos cuantos rehenes bajo vigilancia con ellos, por si su presencia resultaba ser de utilidad.

Los nazis tenían que cruzar el puente Ludwig sobre el río Isar antes de poder llegar al corazón de la ciudad. Allí, un destacamento de la policía armada estaba apostado para enfrentarse a ellos y Ludendorff detuvo el avance. Fue Goering quien entró en acción. Se adelantó solo, imponente y adusto en su abrigo de cuero negro, con la *Pour le Mérite* colgada del cuello, saludó al oficial al mando de la policía y le dijo que tenían rehenes, incluyendo a ciertos ministros, a los que mataría si se intentaba impedir la marcha por la fuerza. El oficial de la policía, sin saber qué hacer, decidió al final permitirles pasar. Las tropas de asalto arrebataron triunfantes las armas de las manos de los policías. La primera victoria era suya.

Avanzaron lentamente cruzando el río y entraron en la Zweibrückenstrasse, yendo en dirección hacia la Marienplatz, donde estaba situado el ayuntamiento, a más de kilómetro y medio de su punto de partida una vez cruzado el río. En la Marienplatz se les unió Julius Streicher, que estaba ansioso por no quedarse fuera de esa procesión histórica y que había venido desde Núremberg para ver lo que ocurría.

Para ese entonces ya era mediodía, y la marcha continuó. Ludendorff seguía al frente, y a su lado su edecán, Hans Streck. A la izquierda de Ludendorff caminaba Hitler, que por alguna extraña razón iba cogido del brazo de Scheubner-Richter, otro de sus allegados. Graf, el guardaespaldas de Hitler, caminaba con Goering a un paso o dos por delante de Hitler, a la iz-

quiera. Su objetivo era el Ministerio de la Guerra, a más de kilómetro y medio de distancia, en la Schoenfeldstrasse; Roehm y sus hombres seguían ocupándolo desde la noche anterior, aunque asediados por un destacamento del ejército. Para llegar al ministerio, los líderes nazis tenían que llevar a las tropas de asalto por una estrecha callejuela a la derecha de la Marienplatz que primero se llamaba Dienerstrasse y luego Residenzstrasse. Avanzaron y se les ordenó cantar mientras marchaban, pero pronto llegarían al principal obstáculo. El final de esa calle estaba bloqueado por la policía armada. Los cantos nazis se acallaron, y la marcha se detuvo.

Esta vez fue Graf el que se adelantó desafiante: «¡No disparen!», gritó, «¡Viene su Excelencia el general Ludendorff!».

Hitler, detrás de su guardaespaldas, gritó: «¡Ríndanse! ¡Ríndanse!».

Entonces, empezando por un bando u otro, comenzaron los disparos. Ludendorff, ignorando el peligro, se adelantó y atravesó indemne las filas de la policía; los apartó con la arrogancia de su autoridad pasada, aunque estuviera vestido de paisano. Pero prosiguió solo hasta la plaza abierta que había más allá. A sus espaldas, Scheubner-Richter, que había ido cogido del brazo con Hitler, yacía agonizante en el suelo, y Hitler, al tropezar o al buscar refugio, cayó de mala manera y se dislocó el hombro. Acobardado por la confusión y el dolor, huyó en un coche que seguía a la comitiva. Al mismo tiempo, Hess también consiguió escapar. Pero Goering cayó en la calle, gravemente herido por un disparo en la ingle, y la sangre empezó a manar de su herida. Según la versión de la propia hermana de Carin, Fanny, ella había seguido la procesión y vio algo de lo que había ocurrido. Fue ella la que le dio la noticia a Carin.

Con sus principales líderes huidos, arrestados o heridos, la procesión nazi pronto se desintegró. Los que estaban en la retaguardia de la columna oyeron el intercambio de disparos y luego vieron huir a los hombres que les precedían. Ludendorff, al que nadie había pensado en seguir, fue arrestado; Roehm y sus hombres se rindieron. Goering fue llevado por hombres de las SA a una casa cercana, que resultó pertenecer a un vendedor de muebles judío llamado Ballin, cuya esposa, Ilse, vendó lo mejor que

pudo las heridas de Goering con una toalla. Ella y su hermana cuidaron de él hasta la noche, cuando fue enviado en secreto a la clínica de un amigo, el profesor Von Ach (4). El profesor informó a Carin inmediatamente del paradero de Goering. Según Fanny, Carin pareció tener una premonición en el mismo instante en que Goering cayó. Aunque estaba enferma, se vistió inmediatamente y acudió al hospital. Allí supo que las heridas de Goering eran graves. También oyó que había una orden de arresto contra él, emitida por Lossow. Goering le suplicó que encontrara alguna forma de evitar que lo capturaran. Fanny describe a Carin sentada al lado de la cama de su esposo, cogiéndolo de la mano, analizando con calma y en voz baja cuál sería la mejor manera de actuar, sin apartar los ojos de los de su marido ni un solo instante.

A riesgo de su propia vida, concertó que unos amigos vieran desde Garmisch, cerca de la frontera austríaca, y se llevaran a Goering a su casa, conduciendo más de cien kilómetros desde Múnich. Allí Goering yació en cama, debilitado, enfermo y resentido. Carin supo que Hitler había sido arrestado el 11 de noviembre en Uffing, donde la familia Hanfstaengl había estado cuidándolo. Pero estaba preocupada por sus propios problemas. En una carta escrita el 30 de noviembre le describe a su madre la condición de su esposo.

Hermann está en un estado terrible. Las piernas le duelen tanto que apenas puede soportarlo. Hace cuatro días, todas las heridas que se habían cerrado volvieron a abrirse y sigue habiendo una cantidad espantosa de pus en la pierna. Le hicieron una radiografía y descubrieron que había una masa de fragmentos de bala, así como suciedad procedente de la calle, alojados en los músculos de su muslo. Lo operaron con anestesia, y durante los últimos tres días ha estado febril. Su mente parece divagar; a veces grita y a veces sueña con el combate en la calle. En todo momento sufre un dolor indescriptible. Tiene toda la pierna insertada con tubos de goma para extraer el pus. Es tan amable, tan paciente, tan bueno, pero en lo más hondo de su corazón es desesperadamente infeliz.

Carin se dio cuenta de que la presencia de su marido empezaba a ser algo sabido y que debía intentar llevarlo a la seguri-

dad de Austria. No tuvo éxito. Fue arrestada y puesta bajo vigilancia en el hospital de Garmisch, donde fue objeto de manifestaciones en su apoyo durante las cuales se llegó a amenazar a la policía con violencia. Goering dio su palabra de honor a la policía de que no intentaría volver a escapar, pero Carin estaba decidida a que lo hiciera, aunque le hubieran confiscado el pasaporte. Con la ayuda de amigos y simpatizantes en la policía, Goering fue llevado en coche directamente de su cama a la frontera y sacado fuera de Alemania usando un pasaporte falso. Los hombres que lo sacaron del país se hicieron pasar por miembros de la policía con órdenes de llevárselo (5).

Sus heridas no habían recibido todavía tratamiento apropiado, y fue llevado a un hospital en Innsbruck. Allí los médicos reabrieron las heridas y las radiografiaron, y Goering fue operado. Volvió a tener fiebre y sufrir un gran dolor, y los doctores le recetaron morfina; según Hanfstaengl, que también había huido a Innsbruck, recibía dos inyecciones al día.

Estoy aquí sentado junto a la cabecera de mi querido Hermann. Tengo que observar cómo sufre en cuerpo y alma, y no hay nada que pueda hacer para ayudarlo. Ya sabes lo horrible que es esa sensación. Su herida es sólo pus, por todo el muslo. Muerde la almohada porque le duele muchísimo, y gime continuamente. Puedes imaginarte lo que eso me reconcome el corazón. Hace exactamente un mes desde que le dispararon, y a pesar de que le inyectan morfina todos los días, su dolor sigue siendo tan atroz como antes. Dejé el hotel y me mudé aquí hace quince días. Me siento muchísimo mejor al estar junto a él todo el tiempo. Los espías vigilan nuestra casa en Múnich; nuestras cartas son confiscadas, nuestras cuentas bancarias han sido bloqueadas, y nuestros coches requisados... Me dicen que también se ha dictado orden de arresto contra mí.

Goering permaneció en el hospital hasta el 24 de diciembre, cuando fue dado de alta, aunque todavía tenía que usar muletas.

Mientras tanto, la red clandestina nazi en Austria trabajaba, y con la ayuda de la doncella y el jardinero de los Goering en Obermenzing, empezaron a pasar por la frontera ropas y

otros artículos que podían ayudar a los Goering en su exilio. Para ese entonces las calles de Múnich estaban cubiertas de carteles con la fotografía de Goering y la leyenda de que era un hombre buscado.

En Austria había muchos simpatizantes nazis que acudieron en ayuda de Goering. Enviaron un árbol de Navidad al Tiroler Hof, el hotel propiedad de otro simpatizante donde Goering pasó las Navidades con Carin. Mientras Goering estaba todavía en el hospital recibió la visita de Kurt Ludecke, uno de los altos dirigentes del partido, a quien dio un relato vívido del golpe de Múnich. Goering pidió a Ludecke que lo representara en una convención nazi que tendría lugar en Salzburgo. El abogado de Hitler vino a verle el 31 de diciembre, y el Tiroler Hof celebró una fiesta para ellos. La hermana de Hitler, Paula, también era una visitante asidua. En Navidades, Carin había contraído un enfriamiento acompañado de fiebre, y la tensión bajo la que había estado empeoró su salud. Goering continuó adelante con la morfina. Hacia el 3 de febrero, su aniversario de boda, Carin estaba algo mejor y Goering le regaló una máquina de escribir portátil, cosa que a Carin le encantó y la animó a escribir más cartas a casa.

La primera misión de Goering tras su recuperación fue una invitación para hablar ante un grupo de nacionalistas en Innsbruck, pero hacia febrero estaba ocupado por completo con la organización del partido en Austria, siguiendo instrucciones de Hitler, que ahora se encontraba en prisión a la espera de juicio. Hitler se negó a dejar que Goering volviera, como éste se había ofrecido a hacer, para someterse a juicio junto a su Líder. Prefería que reuniera al partido en Viena, dando mítines y trabajado con nazis austríacos como Walter Riehl. Los Goering continuaron viviendo en el Tiroler Hof, consiguiendo de vez en cuando pagar su estancia, pero su dinero y propiedades en Múnich habían sido embargados por las autoridades bávaras.

El juicio en Múnich contra los líderes del golpe de Estado empezó el 26 de febrero y en abril llegaron a Innsbruck las noticias sobre el veredicto: Ludendorff fue absuelto, Hitler y los demás, ya estuvieran en el banquillo o en el exilio, fueron declarados culpables. Hitler cumpliría una sentencia de cinco

años en la fortaleza de Landsberg, aunque era creencia común que difícilmente esa sentencia se extendería más allá de seis meses. El juicio había sido «blando», con Hitler actuando agresivamente y sus palabras llenando las páginas de la prensa alemana. Hess regresó voluntariamente de Austria para ser su fiel compañero en la cárcel. En la prisión, Hitler vivió bien, como si fuera una especie de invitado; pasaba el tiempo ocupado en la redacción del *Mein Kampf*. Goering apeló para una amnistía, pero no se le concedió. Todo ello era más mortificante porque los nazis tuvieron cierto éxito en las elecciones de abril en Baviera y por primera vez pudieron ocupar escaños en el Reichstag. Si hubieran permitido a Goering volver a Alemania, Hitler hubiera estado preparado para dejarle representar al partido como diputado del Reichstag. Carin se aventuró a volver a Múnich para intentar liberar sus propiedades de forma que pudieran venderlas para aliviar sus penurias económicas; no lo consiguió. Pero el 15 de abril visitó a Hitler en Landsberg y recibió de él una fotografía personal con la frase «A la admirada esposa de mi comandante de las SA».

Por pobres que fueran, los Goering aparentemente decidieron no demostrarlo en público. Según Hanfstaengl, vivían con ostentación en su hotel, y causaron un gran resentimiento entre los demás exiliados que no tenían medios de vida. Goering, aparentemente, prestaba poca importancia al dinero; pedía prestado con liberalidad y luego no hacía ningún gesto de devolverlo, como averiguaría Hanfstaengl a su propia costa.

Mientras tanto, las autoridades en Viena estaban preocupadas por los problemas que les causaba la presencia de Goering en Austria. Se les pidió educadamente a él y a Carin que se marcharan. Goering seguía teniendo dolores en la pierna y Carin estaba enferma, pero parecía que lo mejor era aceptar esa otra etapa de exilio con buena cara. Con la ayuda del gerente del Tiroler Hof se trasladaron a finales de abril para pasar una breve estancia en el hotel Britannia en Venecia; los administradores eran amigos y los Goering recibieron tratamiento privilegiado. Carin continuó enviando cartas sentimentales a su madre. Mientras descansaba, Goering se olvidó de la política y se convirtió en estudioso del arte. Encontraba las galerías de

arte inspiradoras y esos días de visitas culturales pusieron los cimientos de su futuro interés en los tesoros artísticos. En mayo fueron a Roma pasando por Florencia y Siena, y allí se quedarían hasta la primavera de 1925.

En Roma, Goering conoció a Mussolini, a quien admiraba por haber conseguido en Italia lo que Hitler acababa de fracasar en hacer en Alemania. Goering quería estudiar el fascismo así como las artes mientras estuviera allí. Consiguió una audiencia con Mussolini por mediación de su amigo el príncipe Philipp von Hessen, que se encontraba en Roma para cortejar a la princesa Mafalda, la hija del rey de Italia, con quien se casaría posteriormente. Goering le contó a Mussolini la historia de Hitler y la sublevación abortada de Múnich y Mussolini expresó cierto interés en conocer a Hitler una vez que saliera de la cárcel.

Hitler salió de Landsberg el 20 de diciembre de 1924, pero no se puso en contacto con Goering. Estaba demasiado ocupado con la desintegración del partido durante su ausencia para hacer otra cosa que reunir las riendas del poder en su mano una vez más. Mientras tanto, Rosenberg usó su periodo de autoridad mientras Hitler estaba encarcelado para borrar el nombre de Goering de los registros del partido.

Los Goering tenían otras preocupaciones, además. La madre de Carin estaba enferma, y Carin quería estar a su lado. Sus exiguas finanzas durante ese año de inactividad forzosa hacían que vivir en Roma fuera imposible; se vieron obligados a vivir de la caridad de amigos y conocidos, y su orgullo se resintió. Al final consiguieron reunir el dinero para el largo viaje al norte. Viajaron a Suecia atravesando Austria, Checoslovaquia, y la Ciudad Libre de Danzig, ciudad que en opinión de Goering debía pasar a ser alemana. En Estocolmo, él y su esposa se fueron a vivir a un modesto piso en Odengarten.

Goering tenía treinta y dos años en ese momento y era un hombre enfermo cuyo cuerpo fue descrito por su médico como el de una mujer de edad avanzada: fofo, descolorido y blancuzco. Carin, aunque contenta de estar de vuelta en casa, sucumbió a su enfermedad; tenía el corazón débil y estaba desarrollando tendencias epilépticas. Durante dieciocho meses tuvo que ser tes-

tigo del deterioro gradual de su amado esposo mientras la morfina que en un principio usaba para combatir el dolor de sus heridas terminaba adueñándose finalmente de él. Goering se convirtió en un adicto a la morfina, y su aspecto escandalizó a la familia de Carin; anteriormente sólo lo habían conocido como el joven piloto entusiasta que durante cuatro años había sido el devoto pretendiente de Carin; ahora carecía de trabajo y era una carga para su familia, inyectándose morfina diariamente para mantener a raya la desesperación. Él y Carin estaban gastándose el dinero obtenido por la venta de su casa en Obermenzing, operación que se les había permitido al fin.

Hacia el verano, Goering mostraba los peores síntomas de la adicción a la morfina. Los arrebatos de violencia lo hacían peligroso, y Carin, que también estaba enferma, se vio obligada a dejar que los doctores se hicieran cargo de él por completo. Carin quería que su único hijo, Thomas, que entonces tenía trece años, viniera a vivir con ella, pero Von Kantzow, su anterior marido que la había tratado con tanta generosidad, se opuso firmemente. Cuando Goering fue llevado al hospital de Aspuden para ser puesto en observación, Carin se vio involucrada en una querrela por la custodia de su hijo. Von Kantzow litigó con éxito con un certificado médico que declaraba que, ya que Goering era víctima del morfinismo y que Carin sufría de epilepsia, ninguno de los dos podían ser considerados aptos para cuidar del niño (6). Goering, de hecho, fue finalmente declarado un drogadicto peligroso y se obtuvo autorización policial para ingresarlo en el manicomio de Langbro el 1 de septiembre de 1925, después de que atacara violentamente a una enfermera que se había negado a darle morfina. Fue llevado con escolta policial a Langbro y puesto en la sala de internos violentos. De allí consiguió salir finalmente gracias a un psiquiatra que le convenció para que cooperara y se enfrentara a los sufrimientos que acompañarían inevitablemente al periodo inicial de abstinencia de la droga.

Goering se encontraba ahora bajo observación psiquiátrica directa, y es interesante comparar los recuerdos de su médico sueco con los archivos de los psiquiatras penitenciarios norteamericanos que lo observarían veinte años después en la cárcel

de Núremberg. Ya en 1925 se le describió como una persona de carácter débil, un hombre que usaba la bravuconería para encubrir una carencia fundamental de coraje moral. El doctor suizo lo consideró un histérico, de personalidad inestable, sentimental pero insensible a los demás, un hombre violento que actuaba impulsado por el miedo. Como muchos hombres capaces de grandes actos de valentía física que a menudo lindan con la desesperación, carecía del otro tipo de valentía más elevada para dirigir su vida y que era necesaria cuando se veía abrumado por grandes dificultades (7).

Salió de Langbro después de unos tres meses, pero se vio obligado a regresar cuando descubrió que no podía mantener su abstinencia de la droga. Cuando al fin volvió a entrar en el mundo normal, se sentía en mejor estado de salud y de ánimo. Aunque su interés en Alemania volvía a revivir, todavía seguía sin poder regresar a su país, y de hecho no lo haría hasta que el recién elegido presidente Von Hindenburg no proclamó una amnistía política en otoño de 1927.